
¿QUIÉN ERA
JAIME GUZMÁN?
Cristián Gazmuri
RiL editores



¿QUIÉN ERA
JAIME GUZMÁN?
Cristián Gazmuri
RiL editores

Cristián Gazmuri

¿Quién era Jaime Guzmán?



320.983 Gazmuri, Cristián

G ¿Quién era Jaime Guzmán? / Cristián Gazmuri. — Santiago : RIL editores, 2013.

124 p. ; 23 cm.

ISBN: 978-956-01-0042-9

1 guzmán, jaime, 1946-1991-pensamiento político y social.

¿Quién era Jaime Guzmán?
Primera edición: noviembre de 2013

Los Leones 2258
cp 7511055 Providencia
Santiago de Chile
Tel. Fax. (56-2) 22238100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

Composición, diseño de portada e impresión: RIL® editores

Imagen de portada: gentileza de Francisco Aguayo, Larraín & Asociados.

La editorial no ha tenido acceso a las fuentes testimoniales mencionadas por el autor y publica esta investigación bajo los principios de la búsqueda de la verdad, la ética y la buena fe profesional.

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-01-0042-9

RIL editores
bibliodiversidad

Introducción

Este no es más que un ensayo y como tal debe tomarse. Hay falta de fuentes incontrovertibles. Además, muchos parientes y amigos de Jaime Guzmán me contaron hechos con la condición de no aparecer en los créditos y bastante viene de mi memoria. El tema que se toca requeriría de un estudio en profundidad, que creo que ya no es posible hacer. Únicamente pretendo sugerir, aunque en general con base. Con todo, la información que he podido reunir sobre un tema difícil, el estudio de la vida privada de un hombre que no solo fue muy inteligente, sino que tenía una personalidad compleja, atípica y que además –de sobra está decirlo–, ha sido muy importante en la historia de Chile, no es poca.

Insisto en que mucha de la información que incluyo me ha sido proporcionada con la condición de no revelar la fuente y se presenta según la versión particular de cada uno. En todo caso, cuando se trata de hechos u opiniones de peso, indico que está tomada de una entrevista, escribiendo (*).

Los orígenes

Es indudable que Jaime Guzmán Errázuriz desempeñó un rol trascendental en la historia del Chile contemporáneo. Posiblemente es una de las figuras políticas más importantes del siglo XX chileno. Después de 1973, de una organización originalmente formada por economistas liberales y militares sin un proyecto político, debido a él se pudo pasar a fundar un nuevo sistema institucional merced a su pensamiento y labor, y el de las personas que controlaba. Su figura se transformó en mito para la derecha más pujante y el Chile de hoy, corregidos algunos de los excesos que trató de implantar, es –en buena medida– su obra. Quienes lo rechazaban (y hasta lo odiaban y aún odian) no podían ni pueden dejar de reconocer su genio político.

Pero Jaime Guzmán era en lo personal bastante singular; muy raro según algunos (*); y es digno de un análisis de su personalidad y no solamente como político, aunque las dos cosas estuvieron, naturalmente, estrechamente imbricadas.

La madre de Jaime Guzmán, Carmen Errázuriz Edwards, nacida en 1924, era la descendiente de dos de las castas burguesas (o que propiamente se podían llamar aristócratas) más ricas e importantes de Chile, aunque ambas más bien recientes en el país.

Su madre venía de los Errázuriz, comerciantes minoristas ultramarinos (el primero llegó en 1735), que casaron sus vástagos, durante los siglos XVIII y XIX, en provechosos enlaces, con descendientes de los conquistadores, los que poseían la tierra, aunque esta valiera poco. Pero la tierra da nobleza. Muchos fueron hombres públicos de primera línea en el siglo XIX.

Y por el otro lado, de los Edwards; burgueses y grandes capitalistas del Valparaíso del siglo XIX, descendientes de George Edwards, tripulante del buque *Blackhouse*, dedicado al contrabando y (según algunos) a la piratería, que desertó en La Serena, para casarse con una lugareña de apellido Ossandón.

Carmen Errázuriz Edwards perdió a su madre siendo joven, y su abuela Rosario Matte no le permitía mucha vida social. Carmen Errázuriz entró a estudiar al colegio Jeanne d'Arc con mayor edad que sus compañeras.

Fue una niña muy de su casa, aunque ya demostraba un carácter fuerte y una gran inteligencia. Decían que era «almidonada». Le gustaba la música clásica y sabía de arte y literatura. Pero, luego de un viaje a Estados Unidos, en 1941 volvió muy despercudida, hasta el punto de que asombraba a sus amistades, en un Chile muy pacato, especialmente en los círculos sociales en que se movía. Además, era buenamoza, pero no una belleza. También era, como toda su familia, de marcada tendencia conservadora y católica. Poco después conoció a Jorge Guzmán Reyes, nacido en 1920, ex alumno del colegio San Ignacio, donde había sido compañero de Sergio *Sapo* Livingstone. Se enamoró, lo persiguió (por aire, mar y tierra según un pariente*) y consiguió casarse con él.

Jorge Guzmán Reyes era un hombre de clase alta, pariente del expresidente Barros Luco y descendiente de una antigua familia de terratenientes del valle del Aconcagua[1], aunque no de la misma alta prosapia de Carmen Errázuriz. Egresado del colegio, decidió hacer carrera como «periodista deportivo» y mientras tanto entró a trabajar al Banco Edwards. Sin duda, doña Carmen estaba muy enamorada de él (no sabemos de la actitud de la familia materna, todavía muy ricos y estirados frente al novio; pero al parecer la abuela de Carmen se opuso duramente a la boda, pero ella era de carácter y se impuso).

La familia de Jorge Guzmán estaba compuesta por Samuel Guzmán Luco, su padre, y su hermano (tío de Jorge). Ambos se habían casado en Iquique con dos hermanas de apellido Reyes, formándose un gran clan familiar. El cabecilla de ese clan, entre los jóvenes, era el padre de Jaime Guzmán, Jorge[2].

Se vinieron a Santiago y los jóvenes Guzmán Reyes de las dos familias entraron en el colegio San Ignacio. Jorge sobresalía en los deportes y en llevar una vida juvenil alegre y entretenida; era de muchas pololas y sin duda una persona atractiva. De allí el amor que concibió por él Carmen Errázuriz. Ese grupo del San Ignacio se convertiría en el núcleo del Club Deportivo (aunque fundamentalmente la rama de fútbol) de la Universidad Católica, el que había nacido hacia 1937. Incluso se dice que el himno de este lo compuso Jorge Guzmán. No obstante, el centro era el *Sapo* Livingstone. Estábamos a comienzos de la década de 1940.

Jorge Guzmán y Carmen Errázuriz se casaron, jóvenes, en 1944, con comunidad de bienes, como era costumbre en las familias católicas.

Y tuvieron tres hijos: Rosario, Jaime y María Isabel, en ese mismo orden. Jaime nació en Santiago, el 28 de junio de 1946.

Jorge Guzmán era inteligente, simpático y con gran sentido del humor; su conversación era entretenida y sabía cantar. Era bohemio y sin mayor preocupación por figurar socialmente ni por el dinero[3]. Tocaba guitarra y era especialmente talentoso para imitar a otras personas en algunos de sus rasgos típicos; habilidad que heredaría Jaime Guzmán, su hijo. Yo vi a Jaime imitar a Jorge Alessandri, con simpatía y de manera muy divertida, y a José Joaquín Ugarte, un pedante. Según testimonios, lo hacía igualmente con Pinochet y era muy gracioso[4], con su aire doctoral, de modo magistral. También era de respuesta rápida y certera[5], otro atributo que heredaría su hijo Jaime.

En tanto, Carmen Errázuriz, aunque se incorporó en cierta medida en la «onda» de su esposo, era una figura fuerte, posiblemente dominante, y según algunos testigos: avasalladora[6]. Todo eso atemperado durante esos primeros años de matrimonio por su amor a Jorge Guzmán, el que, al parecer, nunca fue plenamente correspondido. Hay quienes me han dicho que no se había casado enamorado(*); pero no parece ser cierto lo que después se corrió en el círculo Errázuriz: de que se había casado por dinero.

Contigo pan y cebolla. Estos ingredientes culinarios duraron algunos años. Doña Carmen se preocupaba de los hijos, a quienes desde los dos años les habló en inglés y, en menor medida, en francés. De manera que Jaime Guzmán habrá dominado relativamente aquel idioma de adulto, aunque a mí no me consta; del francés debe haber sabido un poco menos, pero sin duda le ayudó estar en el colegio de los Sagrados Corazones (SS.CC.).

Los jóvenes esposos se fueron a vivir a un departamento más bien modesto. Como se dijo, don Jorge había conseguido un puesto como cajero del Banco Edwards, de esos con mangas elasticadas de color negro (*), pero no parecía preocuparse sino de la suerte del equipo de fútbol de la Universidad Católica. Después de desocuparse de sus labores diarias de cajero, salía a reunirse con sus amigos a hablar de fútbol. Doña Carmen, que resentía esta apariencia de su esposo, logró que fuera contratado en una conocida empresa de ingenieros, Devés, Del Río y Torretti, pero don Jorge no dio fuego. No sé qué tendencia política tenía Jorge Guzmán. Se me ha dicho que era conservador, pero no marcadamente; en todo caso, no lo era en su actitud vital ni le importaba mucho.

Con todo, vivieron aparentemente felices, unos años. Jorge Guzmán ganaba lo suyo y Carmen Errázuriz se vio enriquecida por herencias que recibió. Además, se incorporó al mundo del fútbol, y el entusiasmo por el equipo de la Universidad Católica se le transmitió[7].

Como hincha fanática de la Universidad Católica, varias personas cuentan que incluso llegó a vender unas joyas finas y caras para traer al equipo de la Universidad Católica a dos grandes jugadores argentinos (como los Pelé o Maradona de ayer o un poco menos*): José Manuel Moreno, en 1949, y Miguel Ángel Montuori, en 1954. Ambos años, la UC ganó el campeonato nacional de fútbol[8].

Pero poco tiempo después del nacimiento de Jaime, el matrimonio experimentó serios problemas y, sin duda, los hijos, pequeños todavía, han de haber resentido la situación[9]. En especial Jaime, pequeño, flaco, débil (parecía «un gusanito», como dijo alguien que lo conoció entonces*), pero con una inteligencia sobresaliente, no tanto intelectual como práctica. No fue de mucha lectura cuando niño, ni nunca lo sería, aunque posiblemente leyó *El tesoro de la juventud* completo, como muchos otros niños de esa época, pero ya era sí de racionalidad rápida, dúctil, fría y certera de la que daría prueba después.

Era un niño que tenía respuesta para todo, un verdadero «mono sabio», según algunos (*). Hablaba, relativamente, inglés, como dijimos; estaba aprendiendo piano –después estudiaría este instrumento con Roberto Bravo–. También aprendió algo de guitarra y ya era un buen ajedrecista. De adulto llegaría a ser muy bueno.

Doña Carmen comenzó a mostrar su carácter fuerte no sabemos cuándo. Según Rosario Guzmán, hermana de Jaime, poco después del nacimiento de este[10].

La situación del matrimonio se fue descomponiendo sin remedio. Hacia 1952 retornaron a vivir con los abuelos Errázuriz Matte, a una casona de la calle Almirante Barroso, hoy propiedad de los Jesuitas (pero solo… a convivir bajo el mismo techo).

El asunto es que el matrimonio se acabó. El padre terminó yéndose de la casa (según Rosario, lo echó la señora Carmen) cuando Jaime tenía 13

años[11]. Pero posiblemente este ya sufría y resentía el fracaso matrimonial desde varios años antes.

La separación, según múltiples fuentes, fue sangrienta[12]. Jorge Guzmán padre se fue a vivir definitivamente donde unas viejas primas o tías. Y el joven Jaimito, junto a sus dos hermanas, quedó al cuidado de su fuerte madre y de su tía María Elvira, pues doña Carmen se empleó en la agencia de turismo Cocha, donde organizaba tours a Europa para niñas y niños «bien» de Santiago. Esto la obligaba a pasar períodos más o menos prolongados en el extranjero. Con todo, ejerció una profunda influencia sobre su hijo, como veremos.

Jaime Guzmán, sensible e inteligente, ha de haber sufrido mucho en su niñez y temprana adolescencia.

Además, como decíamos, el divorcio no vincular, como existía entonces en Chile, entre don Jorge y doña Carmen, que al principio se dio por carriles de decoro y buen comportamiento mutuo, cambió súbitamente de carácter. Doña Carmen, que tenía dinero por familia, le había ofrecido una buena suma a su todavía esposo, para su nueva vida de soltero. Pero este le habría respondido que solo quería «lo legal»; recordemos que tenían comunidad de bienes. Pero lo legal para el señor Jorge Guzmán era algo curioso. Entonces se supo que había mantenido una libreta donde había ido anotando día a día todos los gastos en que incurría por la familia (desde «el pasaje del tren en que habían partido de luna de miel», según una amiga de la señora Carmen*) y la suma que le exigió a doña Carmen era cuantiosa. Otras fuentes cercanas a los Guzmán creen posible lo de la libreta, pero no de que esta fuera un instrumento para quitarle dinero a doña Carmen en caso de separación, sino una forma de ordenar los gastos en un matrimonio que, al menos en un principio, no tenía riqueza. Hubo asimismo otros elementos de importancia que empujaron el divorcio.

Los divorcios, en esa época, solían ser motivo de escándalo. La persona que lo solicitaba debía probar alguna de las causas de desenfreno que enumeraba el artículo 21 de la Ley de Matrimonio Civil. Posiblemente el abogado de la Sra. Carmen adujo el Nº 9 de dicho artículo. Vale decir: «Vicio arraigado de juego, embriaguez o disipación»; de lo que no podía, de buena fe, ser acusado don Jorge. Aunque sí de molicie y abulia.

El divorcio tuvo algunos rasgos casi incomprensibles. El abogado de Jorge Guzmán fue Alberto Stöerel, asesorado por el hermano de don Jorge, poco cotizado en el foro judicial. En tanto el abogado de la señora Carmen fue Ricardo Claro, quien se portó como un perro de presa: no solo fue duro, sino también ofensivo, lo que parecía avenirse con el estado de ánimo de doña Carmen, muy sensible en materias de dinero.

¡Qué enredo: uno puede imaginar las oscilaciones de la psiquis del brillante niño en medio de estas emociones encontradas!

Años después, hacia 1980, Ricardo Claro preguntó a alguien cercano a Jaime Guzmán, entonces todopoderoso, por qué le tenía esa inquina… ni lo saludaba, y él mismo se respondió: debe ser por lo duro que fui con su padre en el juicio de separación matrimonial. Según Rosario Guzmán, igual pesó el hecho de que su hermano creía que, por ese entonces, Claro le daba dinero a Manuel Contreras[13]. Quizá aquel tenía razón, las ofensas a su padre jamás las perdonó, porque lo quería; pero se daba paralelamente con su amor a su madre, a quien admiraba y también quería.

Carmen Errázuriz podía pagar la suma solicitada por su marido y, hasta donde sabemos, lo hizo. En todo caso, se llegó a un acuerdo tras mucha pelea. Pero la actitud calculadora de Jorge Guzmán (en su versión), le provocó un ataque de ira y desprecio, cuya magnitud –que fue enorme– la marcaría para el resto de su vida. Su carácter la fue transformando en una mujer dura, agresiva, hasta resentida. El fracaso y la separación de quien

había amado tanto, como así lo sentía, le dejaron en su alma un hálito de amargura y desengaño.

Jaime Guzmán y sus hermanas sufrieron, pues, de una pérdida del cariño (ausencia) doble, no solo del padre, sino también, al menos en parte, de la madre transformada en una persona fría, y que viajaba constantemente, quedando la administración de la casa en manos de su hermana María Elvira (*).

1 Información de Luz Gatica Guzmán.

2 Entrevista a Sergio Guzmán.

3 Testimonio de amigos y sobrinos.

4 Entrevista a Rosario Guzmán Errázuriz.

5 Testimonio de Sergio Guzmán.

6 Entrevista a Juan de Dios Vial Correa.

7 Entrevista a Sergio Guzmán.

8 Prensa de la época.

9 Entrevista a Rosario Guzmán, cit.

10 Ibíd.

11 Testimonio de Carmen Guzmán, Sergio Guzmán e Ignacio Santa Cruz Guzmán.

12 Ibíd. Otros son de la misma opinión.

13 Testimonio de Rosario Guzmán.

El síndrome del padre ausente

La paternidad ausente no es un problema psicológico menor. En Estados Unidos se han realizado numerosos estudios científicos que lograron comprobar que no solo es un importante problema social sino que trae aparejados trastornos conductuales que se verifican en la vida adulta posterior.

Estados Unidos y en general los países del mundo desarrollado han tenido agencias de gobierno y profesionales de la conducta, psicólogos, psiquiatras, dedicados a este tema.

Nos hemos acostumbrado al término «figura paterna» como suficiente reemplazo del padre biológico. Las madres que se ven obligadas a criar solas hacen una labor encomiable, y se las llaman «madre y padre» de sus hijos. Pero la realidad es que el padre biológico es insustituible en el desarrollo de un niño y tener ese vacío trae consecuencias indiscutibles, unas de alcance social y otras a nivel individual y familiar.

Hay veces en que dicha carencia genera marcas indelebles, que se arrastran durante toda la vida. Pero incluso en los casos en que el efecto no es tan dramático, la ausencia del padre biológico tiene consecuencias en el desarrollo, en especial en el de los varones. En el hijo sin padre hay una eterna nostalgia por una relación con ese ser que no tuvo y tenderá a buscar figuras paternas en jefes, personas que admira, personajes públicos, parientes, etcétera.

Fue el caso de Jaime Guzmán. Su hermana Rosario ha hecho notar esto en una frase escueta: «Fue una impronta de su historia personal –que no es del caso analizar acá– la que influyó en él, llevándolo a buscar ‘figuras paternas’ de rasgos más bien autoritarios, dominantes, imperativos»[14].

A falta de modelaje correcto de un padre responsable, el hijo no tiene a quien copiar en sus roles. Tenderá a perpetuar el síndrome del padre ausente y se creará un círculo vicioso generacional. Así lo afirman, entre otros, Ofelia Pérez, argentina, autora del libro *Necesito a papá: el grito de una sociedad sin padre*[15], y Stephan Poulter[16].

En estas circunstancias se encuentran miles de personas en el mundo, pero Guzmán tenía cualidades muy fuera de lo común, que se activaron en una determinada dirección, quizás también impulsadas por la ausencia del padre y el contexto particular en que se desarrolló su personalidad.

14 Rosario Guzmán E. *Mi hermano Jaime*, Santiago, Ediciones VER, 1992, p. 132 (esta cita está reproducida por Belén Moncada, *Jaime Guzmán, el político*, Santiago, RIL editores, 2006, p. 332).

15 Ofelia Pérez, *Necesito papá: el grito de una sociedad sin padre*, Buenos Aires, Ed. Casa Creación, 2011.

16 Stephan Poulter, *The Father Factor: How Your Father Legacy Impacts Your Career,* Nueva York, Prometheus Books, 2006.

Su madre, ¿también ausente? A veces

Como ya señalamos, la señora Carmen Errázuriz quedó profundamente conmovida por la actitud calculadora y pequeña que creía haber descubierto, una vez separada, en su amado marido. Hablaba despectivamente de él (también frente a sus hijos).

¿Cómo resintió eso a un niño perspicaz, como Jaime Guzmán, la tempestad de cargos y ofensas hacia su padre? Las soportó lo mejor que pudo, pero posiblemente dejaron en él una huella muy honda y puede que eso colaborara a depreciar y despreciar la figura masculina.

En resumen, la soportó mal. Creo que tuvo que dividir su psiquis entre la lealtad a su madre y los Errázuriz, con los cuales se sentía identificado, y su padre, un ser simpático pero abúlico, mediocre, amante del fútbol y, al mismo tiempo, astuto cuando se trataba de conseguir ventajas económicas de su exmujer (según ella).

Mientras el niño y luego joven Jaime Guzmán seguía impresionando a todos con su capacidad sobresaliente, ¿sospecharon algunos que esa podía ser su vía de escape al drama personal que vivía?

Porque, después de los 13 años, a pesar de que estaba cotidianamente rodeado de mujeres, madre, hermanas y empleadas domésticas, seguía viendo a su padre, quien lo pasaba a buscar, a una esquina cerca de la casa de su madre (y quizá, a veces en esta), los domingos para ir a ver jugar al equipo de la Universidad Católica. En el ambiente del estadio, tenía amistades, lo que despertaba las iras de su madre. ¡Y qué iras!

Los relatores deportivos lo invitaban a sus casetas; y tanto más cuando su padre se convirtió en comentarista deportivo. Al parecer, Jaime Guzmán se

hizo muy amigo de Julio Martínez (JM) y de allí habría partido la invitación de integrar a este último en *A esta hora se improvisa*. Pero el muchacho, además de recibir, posiblemente a diario, una monserga contra su padre biológico, tenía dificultades para jugar fútbol a causa de su pobre vista, aunque jugó durante un tiempo en un equipo de barrio, el «Los Leones»[17], pero después ya no pudo; sin embargo se transformó en un magnífico árbitro[18]. No obstante, la vista no le impedía jugar tenis y era bastante bueno, teniendo en consideración su problema visual y contextura débil[19].

Asimismo, su inteligencia privilegiada le permitió, como se dijo, transformarse en un joven excepcional en el juego del ajedrez. Eso le ayudaría mucho en la época en que sería el más importante asesor de Pinochet. De hecho, le permitió derrotar a los demás, incluyendo a su mayor enemigo: Manuel Contreras, que no era un hombre fácil de derrotar.

Jaime Guzmán, viviendo la ausencia de un padre, también tenía un problema con una madre –no siempre– frecuentemente ausente. Aunque la señora Carmen y su entorno social y cultural tuvieron una profunda influencia en el niño, y le dieron la seguridad en sí mismo. Quizá, y a pesar de haber amado a su distante padre, terminó por convencerse de que él era la síntesis de la decadencia y perdición, como le machacaba su madre a diario, y su estilo de vida bohemio y, posiblemente, mujeriego, el infierno mismo…, pero, aun así, lo amaba.

Ciertamente lo que había visto del matrimonio de sus padres pudo haber influido en que nunca tuviera una relación amorosa con una mujer.

Carmen Errázuriz, al menos después del fin del matrimonio, era una mujer que parecía tener las cosas muy claras acerca de lo bueno y lo malo, de lo aceptable y lo inaceptable en el mundo. Fría y seca, no aceptaba contradicciones. Y todo esto debió percibirlo «el gusanito».

Jaime Guzmán igual tuvo una idea muy clara de lo que era bueno y lo que era malo, y que no cabían compromisos –sino tácticos– à lo Allende,

entre ambas realidades.

Asimismo siempre estaba presente el eco de su familia materna y su pensamiento extremadamente conservador. ¿Cuánto pesó en la psiquis de Jaime Guzmán el síndrome del padre ausente y la búsqueda de figuras autoritarias y de fuerte carácter en su reemplazo; vis a vis, una madre autoritaria y el ambiente apabullantemente religioso y políticamente conservador de su familia materna? Esa es una pregunta que a veinte años de su muerte parece muy difícil de responderse con un grado mínimo de certeza.

Lo que está claro es que Jaime Guzmán fue muy influenciado por una madre muy fuerte y buscó, toda la vida, figuras paternas firmes y connotadas, alternativas al padre biológico, un hombre débil, y encontró algunas, en particular en Jorge Alessandri. Esto derivó en que él adquirió igualmente una personalidad muy fuerte, la que unida a su preclara inteligencia racional pero dúctil, hicieron de él la figura histórica que conocemos. A aquella hay que agregar también una inteligencia emocional y práctica notable, que le permitía acercarse a mucha gente diferente y convencerlos de sus ideas. Esto además de un gran carisma y una ductilidad ética capaz de acomodar posturas y acciones abiertamente contrapuestas. A estas tres últimas facultades nos referiremos más adelante. Quizá deberíamos agregar, una gran audacia, pero esa era parte de su fuerza.

17 Testimonio de Eduardo Rodríguez.

18 Lo vi arbitrar partidos de baby fútbol.

19 Me lo comunicó (hace años) su partner Franco Brzovic.

En el colegio, ya una personalidad

¿Cómo era Jaime Guzmán en el colegio? Las personas que lo conocieron, y no he logrado entrevistar muchas, dicen que era un muchacho muy aplicado, con las mejores notas de su curso, sin aparente esfuerzo (aunque igualmente un «capeador» connotado), con cierta aura de genio, un chico amable, al que le decían «el enano». Siempre débil físicamente[20].

No sé cómo le fue en las que, en ese entonces, eran las «preparatorias». Pero en «humanidades» destacó mucho más. Muy buenas notas en todos los ramos; una enciclopedia en materias futbolísticas. De niño, veraneó varias veces en Zapallar (*).

Además, durante los últimos años de colegio, Jaime Guzmán visitó dos veces Europa. Como ya mencionamos, su madre organizaba los tours de Cocha para niños y niñas «bien» de Santiago, Jaime la acompañó por primera vez alrededor de 1962.

En el caso de Jaime Guzmán, es necesario enfatizar que su intelecto poderoso se transformó en una ventana para salir de su angustia de muchacho con síndrome del padre ausente. La inteligencia y su indudable y verboso carisma le permitieron soslayar el problema, y, hasta cierto punto, reemplazar su dilema interior (y muy probablemente inconsciente), por una actitud vital que lo condujo a una sociabilidad amplia y a una temprana afición a la política (rabiosamente conservadora) y al poder… Desde ya prefiguraba una actitud mesiánica; el «mono sabio» daría paso al líder brillante, que se transformaría en lo que Belén Moncada llama un «animal político»[21].

A los 16 años fue elegido presidente de la Juventud Conservadora. Ya veremos que también fue presidente de la Academia Literaria del colegio de los Padres Franceses (SS CC), el suyo. Además, como dijimos, una racionalidad fría fue orientando su vida, como una defensa indestructible frente a los peligros de todo tipo. Posiblemente esto igualmente lo llevó a renunciar a los problemas de la adolescencia. El sexo reprimido férreamente, pues era el elemento central en la guerra entre el padre, por quien conservaba cariño, y la madre, que lo anatemizaba y a quien temía, pero que asimismo amaba y admiraba. El asunto es que nunca «pololeó y ni siquiera bailó con una mujer».

También se refugió en ciertos intereses y aficiones, algunos muy típicos de la edad y otros no tanto. Al fútbol se agregó la música clásica, además de los eventos de su vida religiosa, nada muy intelectual. Era, como Paul Johnson, pero mucho más inteligente, de ese sector conservador que teme a los intelectuales. En cambio, adhirió sobremanera al hispanismo, más como un amor que en ideas.

En el Colegio de los Padres Franceses no solo fue el mejor de su curso: destacó además en la Academia Literaria, de la cual fue presidente y donde, bajo la influencia de Eduardo Solar Correa, adquirió su primer amor a la hispanidad.

Entonces escribió: «Francisco Franco no puede ser catalogado como dictador, ya que su admisión al poder está más que legitimada, por un pueblo que se levantó en armas por Dios, por España y por Franco»[22].

A su modo introvertido, aunque sociable a su manera, católico fervoroso, su piedad se acercaba al misticismo.

En fin, como se ha dicho, era de contextura frágil, muy friolento, «aprensivo hasta el infinito, se cuidaba de los cambios de temperatura, las corrientes de aire, el sol excesivo, era, por qué no decirlo, bastante hipocondríaco»[23]. Se tomaba la temperatura varias veces al día y llamaba a

su hermana Rosario para preguntarle si debía ocupar más paracetamol. En cierto sentido, Rosario reemplazaba a una madre, como hemos dicho, semiausente. Jaime se asustaba cuando estaba un poco por encima de los 37º grados. Esta actitud duraría toda su vida. Sin embargo, nunca estuvo verdaderamente enfermo[24]. Un testigo que conoció mucho a la señora Carmen y a Jaime, me dijo que si la hubiera llamado a ella «lo habría retado» (por su hipocondría, supongo)[25].

20 Testimonios varios. Yo se lo escuché a Jaime del Valle.

21 Belén Moncada, *op. cit.*, p. 17.

22 Jaime Guzmán Errázuriz, «¡Viva Franco, arriba España!», *Revista Escolar* N° 436, Santiago, 1962.

23 Rosario Guzmán, *op cit.*, p. 156.

24 Ibíd.

25 Entrevista a Juan de Dios Vial C., cit.

Una inteligencia superior

Poseer una inteligencia superior es un considerable desafío. En varios planos. Darse cuenta de una realidad que fluye, poseyendo gran parte o todos los elementos que indican hacia dónde va, ha de ser fascinante. Al resto de las personas, que no tienen esa virtud, se las mira con espontáneo desprecio y con ironía, por más que se les estime caso por caso.

El adolescente Guzmán debió haber vivido constantemente esa experiencia. Sus triunfos, académicos y políticos, lo recompensaban.

Divertido ha de haber sido cuando tenía sus conversaciones con Pinochet (en el futuro). Guzmán, comúnmente, sabía lo que el general iba a decir, su propia respuesta y la posible conclusión a la cual se llegaría en el problema o asunto.

Pero poseer una inteligencia superior también es un handicap en contra. Se sabe que los tontos o personas de inteligencia media no lo comprenderán. Que de ese grupo saldrán enemigos porque creen que él está equivocado; porque es vanidoso, arrogante, despectivo; o porque su solución conspira contra sus intereses, o porque no lo entendieron.

Esto obliga a las personas de inteligencia superior a una actitud cauta y, en lo posible, simpática. Necesita el apoyo de los que creen en él, aunque no entiendan, o entiendan precariamente el porqué de sus ideas o actitudes.

Esta sería una de las dificultades de Guzmán en el futuro. Pero para ello contaba con su inteligencia emocional.

Facultad Derecho UC

En 1963, ingresó a la Escuela de Derecho de la Universidad Católica de Chile; aunque se dice que había pensado en hacerse sacerdote, lo que a mí no me parece tan claro, vista su vocación por la política pública y contingente, pero su extrema piedad me la han confirmado testigos irrefutables[26]. Hay gente que lo conoció de cerca y dice que el factor fundamental para que abandonara su vocación religiosa fue su madre, que le insistía en que él debía ser «un hombre público»[27].

Jaime Guzmán tuvo relación con la sociedad Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad, conocida vulgarmente como Fiducia, por el nombre de la revista que sacaba y donde Jaime escribió. Este grupo, ultraconservador hasta el ridículo, había sido formado por el brasileño Plinio Corrêa de Oliveira y a él pertenecieron Guzmán y su primo hermano Maximiano Errázuriz Eguiguren[28]. Pero su militancia duró relativamente poco.

La Escuela de Derecho de la Universidad Católica era uno de los núcleos académicos universitarios más reaccionarios de Chile. Allí se había refugiado la mejor intelectualidad conservadora desde 1888, el año de su fundación. Tenía algunos notables profesores…[29] y un centro de alumnos democratacristiano.

Con todo, Guzmán, hacia 1964, aprovechando los furores que despertó en esa derecha que había votado por Eduardo Frei Montalva, pero que la materialización de su proyecto de reforma agraria había alejado, tendió sus redes conservadoras y recogió pesca numerosa; la que iba desde Alberto Cardemil, después ministro de Pinochet y hoy diputado de derecha, entre otros, hasta algunos intelectuales o que se las daban de tales, como José

Joaquín Ugarte Godoy, pasando por incontables arribistas sociales y muchos genuinos hijos de la oligarquía.

¿Cuáles eran los amigos de Jaime Guzmán? No pocos y por lo general, menores que él. Tuvo una especial amistad-protección con Arturo Fontaine Talavera, Andrés Chadwick, que había sido del MAPU y a quien Guzmán lo convenció de hacerse gremialista; y, en menor medida, Hernán Larraín, un ex democratacristiano. Los elegía inteligentes, con cierto carisma. Sin embargo, ninguno le hacía sombra (él no quería) ni pudo continuar como reconocido líder de la UDI después de su asesinato. También fueron sus amigos los que integraron la primera generación del «gremialismo»: Manuel Bezanilla, Maximiano Errázuriz, Raúl Lecaros, Ernesto Illanes, Jovino Novoa, Javier Leturia y Roberto García Casalegno, hermano de la esposa de Sergio Gutiérrez Irarrázabal, la buenamoza Malala García, a quien conocí. Para ellos y para otros más jóvenes que se irían incorporando al gremialismo, como el mencionado Arturo Fontaine Talavera, Pablo Longueira, Juan Antonio Coloma y otros, se convertiría en un «gurú».

26 Entrevista a Juan de Dios Vial C., cit.

27 Entrevista a Ignacio Santa Cruz.

28 Recuerdos del autor.

29 Cfr. Cristián Gazmuri et al.: *Eduardo Frei Montalva y su época*, Santiago, Editorial Aguilar, 2000, cap. II.

Su carisma

¿Qué tenía Jaime Guzmán para poseer el enorme carisma que demostró? Ni su apariencia personal, chico y feo; ni su muy moderada teatralidad. Solo rasgos muy poco notorios de su personalidad. Nada del estilo fascista a lo Mussolini, por ejemplo. Más bien una suave ironía siempre, rasgo, que a quienes eran capaces de comprenderlo, les fascinaba. También su alta alcurnia social fue muy atractiva para algunos arribistas sociales connotados y primeros miembros iniciales del gremialismo y luego UDI.

Pero, en lo fundamental, su voluntad, sus ideas, la consecuencia a su modo, su irónico brillo oratorio y su audacia, eran parte de su carisma.

Aunque este iba más allá. Mucha gente de derecha y del centro político, extenuada por los continuos fracasos de la derecha tradicional ante la Democracia Cristiana y después la UP, mucho más temible, vio en él un hombre providencial, que podía transformar los fracasos y dolores en triunfos y perspectivas hacia el futuro.

Jaime Guzmán se convirtió en un ídolo y eso lo fortaleció. Por cierto, él tomaba nota, procesaba mentalmente el hecho y actuaba en consecuencia.

La reforma de la Universidad Católica en 1967

El primer gran desafío público de Guzmán vino hacia 1967, cuando tenía 22 años. Fue en el tiempo de la reforma universitaria en «su» universidad, la Católica de Chile.

Ahora encontraba un estandarte digno y concreto donde expresar su conservadurismo mesiánico. La reforma de la Universidad Católica de Chile, institución desde donde había salido la mayor parte de las élites chilenas a partir de la década de 1930, como la Falange, dirigida por monseñor Óscar Larson, o el grupo conservador que giraba en torno al padre Vives Solar (la Liga Social) y que integraban Jaime Eyzaguirre y Julio Philippi, entre otros personajes que después tendrían alto vuelo. Y en la década de 1960, los Chicago Boys, el MAPU en 1969, además del propio gremialismo que él fundaría, hacia 1966, y que luego terminó por ser la base política de la dictadura militar y hoy el partido más grande y organizado de la derecha chilena: la UDI. En otras palabras, Guzmán creyó que al perderse para el pensamiento conservador la Universidad Católica de Chile, era el país entero el que estaba amenazado y se convirtió en dirigente juvenil. No le faltaba razón desde su punto de vista.

La cultura cristiano-occidental estaba amenazada en Chile y su misión era defenderla. Para eso recurriría a todo en el futuro; lo que le gustaba y respetaba, pero también lo que no le gustaba y no respetaba. Trataría de controlar la situación en la medida en que pudiera, aunque tuviera que violar sus principios católicos, los que, sin embargo, seguía profesando[30].

En los foros era imbatible. Su magnífica dialéctica, su racionalidad y su fina y aguda ironía le permitían derrotar fácilmente a sus opositores. Solo

una vez lo vi derrotado, casi escarnecido. Se había organizado un foro en el gimnasio de la casa central de la Universidad Católica. Participaba Enrique Correa (el que después sería ministro de Patricio Aylwin), quien habló regularmente, quizá de fondo con inteligencia, pero en un estilo mediocre. Luego Jaime Guzmán, que entró en sus raciocinios, frases ingeniosas y parafernalia oratoria político-académica brillante. Y… Luciano Cruz, uno de los jefes del MIR en la Universidad de Concepción. Este, macizo, de modales matonescos, desde un comienzo se lanzó contra Guzmán como un toro, con las palabras y ademanes violentos, lo que era el estilo de hacer política en su ciudad. Hizo ver que en Concepción ya no existían esta suerte de mequetrefes (u otra palabra similar), estos personajes arcaicos y, sin dar argumentos, continuó agrediéndolo sin darle tregua. Para terminar invitándolo a que fuera a Concepción a repetir su discurso o uno parecido. Guzmán desapareció ante la embestida y, estoy seguro, no fue a Concepción. Se dio cuenta de que en ese estilo iba perdido y que incluso se arriesgaba físicamente.

Jaime Guzmán perdió la lucha contra la reforma en la Universidad Católica, aunque logró reunir en su entorno a un grupo que sería su guardia pretoriana en los años venideros: el gremialismo.

Además, desde 1968, empezó a escribir en varias revistas: *Fiducia, PEC, Portada, Realidad*, después en *Qué Pasa y Ercilla;* y en los diarios *El Mercurio, La Segunda, La Tercera*[31].

30 Cfr. Carta de Jaime Guzmán a Claudio Orrego en: Claudio Orrego Vicuña, *Cartas privadas 1973-1977*, Santiago, Ed. Aguilar, 2002, p. 166.

31 Bien puede que se nos queden en el tintero otras, pero no importantes.

La generación de jóvenes de los años sesenta

Cronológicamente, Jaime Guzmán perteneció a la generación occidental (o casi mundial) de los años sesenta. La de las rebeliones estudiantiles universitarias de Europa, Estados Unidos, el resto de las dos Américas y algunos países de Oriente. La del rock, que se había impuesto con Elvis Presley ya en la década de 1950, pero ahora se consolidó, en materia de música juvenil (o para todos), con Los Beatles, Los Rolling Stones, Jimmi Hendrix y muchos más. Una ola.

Con películas como *Blow Up,* de Michelangelo Antonioni, o *La naranja mecánica,* de Stanley Kubrick.

Esta también comprendió el cambio de la vestimenta juvenil, con los pantalones pata de elefante, la ropa ceñida o muy laxa, el pelo largo y la barba para los hombres. En general, una rebeldía existencial contra el predominio burgués conservador de la década anterior.

Fue la época de las rebeliones en Francia, con su líder Daniel Cohn-Bendit; en Alemania, con Rudi Dutschke… De la idea de destruir lo convencional, de la expansión de la marihuana y otras drogas. Del hippismo. De la libertad sexual, caída de los prejuicios, aparición pública de la pornografía.

De la expansión de las utopías político-sociales, ligadas muchas con el marxismo o el anarquismo, y que en Latinoamérica se vio fertilizada por la Revolución cubana de los inicios.

¿Jaime Guzmán recibió algo de su influjo? En lo fundamental se opuso a la nueva cultura, a la que consideraba un signo de decadencia y de una

abjuración de la tradición y la decencia. Con todo, hay fotos suyas con el pelo un poco más largo, aunque no se piense en una melena[32].

Su lucha contra la «reforma» en la Universidad Católica no solo era contra las ideas de izquierda que esta traía, sino también contra la nueva cultura en su totalidad.

Más adelante después del golpe militar de septiembre de 1973, se vio a soldados cortando cabelleras masculinas y rajando pantalones, «pata de elefante». Por cierto que esto, que sucedió en los primeros días, no fue obra de Guzmán, quien posiblemente lo habrá considerado una torpeza política.

32 Rosario Guzmán, *op. cit.*, p. 117.

Cambio de casa

Entretanto, Jaime se había emancipado. Reproduzco el mensaje que recibí, por vía mail, de un pariente, que Guzmán había enviado a su amigo Alfonso Ríos Larraín:

«Un día recibí un llamado de Jaime, que vivía con su madre, en calle Merced 62, casi esquina de Irene Morales.

La Sra. Carmen había vendido su departamento y tenía que entregarlo…

El llamado fue el siguiente:

Jaime: Roberto, ¿podría irme a tu casa por dos o máximo tres semanas mientras alfombran mi departamento?

Yo: Obvio, no hay problema, pero no necesitas invitarme a las comidas que hagas en mi casa.

Pero me invitaba siempre.

Se quedó dos años.

Fecha de llegada: mediados del año 1969.

Fecha de retiro, mediados de 1971.

En el intertanto, yo me casé (7 de agosto de 1970) y me fui a vivir a los Estados Unidos. Jaime, feliz en mi casa»[33].

¿Estaba Jaime Guzmán viviendo una crisis personal mayor? Todo parece indicarlo.

¿La partida de la casa materna fue fruto de una desavenencia seria con la señora Carmen? Hay testigos que dicen que existía entre ellos un perpetuo, pero esporádico, distanciamiento, producto de que él visitaba a su padre.

Otros parientes, sin embargo, insisten en que Jaime era los «ojos de su madre».

En cambio, para Rosario Guzmán, la situación habría sido fruto de una ruptura mayor entre Jaime y su madre, quien, al igual que a su padre, lo habría expulsado de la casa[34].

No parece muy convincente que Jaime (de 23 años) tuviera que irse de la casa de su madre, que no era pobre, porque ella se iba a cambiar de domicilio.

Jaime Guzmán terminaría viviendo en un departamento en la plaza Las Lilas, hacia 1970, con su «mama» Violeta Chaparro, la que hacía de dueña de casa y que tenía su misma edad.

33 Mail de Alfonso Ríos Larraín, que me fue enviado por Sergio Guzmán.

34 Entrevista a Rosario Guzmán, cit.

¿Por qué su atractivo en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica?

El gremialismo, que sobrevivió fortalecido al triunfo de la «reforma», abjuraba de la política partidista en un comienzo al menos. Ya hemos visto que Jaime Guzmán admiraba a Francisco Franco. Después (o coetáneamente) manifestó influencia de las ideas de José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange española. Conoció a este, posiblemente como consecuencia de las conversaciones con el padre Osvaldo Lira, las que pueden haber empezado cuando todavía estaba en el colegio. No dejemos de hacer notar que José Antonio Primo de Rivera fundó la Falange española, en buena medida para defender la obra de su propio padre, el general y dictador de España Miguel Primo de Rivera[35]. Destaquemos la admiración de Jaime Guzmán por un hombre que concebía como una misión existencial la defensa de su padre.

Para José Antonio Primo de Rivera, la imagen de su padre y de España, a la que aquel «cirujano de Hierro»[36], como le gustaba considerarse a Miguel Primo de Rivera, capitán general y marqués, pretendía sacar de su decadencia, tendían a confundirse en su primera juventud. Después aquel fue derivando hacia el fascismo, lo que no había sido el caso de su padre, Miguel,[37] y tampoco el de Guzmán.

Pero José Antonio Primo de Rivera tenía amigos intelectuales de izquierda, como Federico García Lorca, e incluso políticos de izquierda como Indalecio Prieto. Guzmán no.

Es posible que Jaime Guzmán haya soñado con ser un José Antonio Primo de Rivera. Como en el caso de este, Guzmán era sin duda un idealista, inteligente, valiente, ascético, aristócrata, con una elegancia en sus modos de vivir parecida a la de José Antonio Primo de Rivera, aunque para nada buenmozo como aquel. Todo esto lo hacía atractivo, él estaba consciente de ello y cultivaba su figura.

Y esa figura era muy admirada en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica hacia 1964 y en los años siguientes. Para los hijos de genuinos oligarcas o aristócratas, representaba una respuesta viable después de decenios de estar a la defensiva y en particular en esa época, por la amenaza a su mundo tradicional que significaba la «reforma agraria» que propugnaba el gobierno de Eduardo Frei Montalva. Para otros, que eran de clase media semiarribista o semiemparentada con la aristocracia, significaba una forma de fijar su posición social y política; antes, muchos de sus miembros habían adherido a la Democracia Cristiana.

Había otro grupo que no tenía pensamiento político estructurado y no se identificaba con ningún sector social, y hablaba y discutía de todo, con múltiples opiniones. Muchos, por nacimiento, deberían haber estado en el grupo oligarca. Eran buenos amigos, todos además con un cuestionamiento legítimo de la vida.

En fin, no había muchos de condición proletaria o de clase media baja y los que había eran por lo general amables y buenas personas. A veces hacían collera con el grupo anteriormente descrito.

No se crea que los del primer grupo eran todos estirados y despectivos. Había algunos que lo eran, pero existían otros, simpáticos y amables. Guzmán mismo podía ser muy simpático a veces, aunque también lapidariamente ofensivo y despectivo en otras.

35 Cfr. Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Barcelona, Ed. Grijalbo, T. I, p. 136.

36 Ibíd. T. I., p. 47.

37 Cfr., Stanley Payne, *Historia del fascismo*, España, Editorial Planeta, p. 187.

Jorge Alessandri

Pero más que las amistades universitarias, Guzmán trabaría otra relación en esa época, mucho más fundamental. Encontraría un segundo «padre» sustituto, ahora concreto y presente, no como Franco, ya viejísimo o eventualmente Primo de Rivera (que por entonces habría tenido cerca de 70 años de no haber sido asesinado), que eran figuras lejanas y míticas. Este era Jorge Alessandri Rodríguez, en cuya parcela de Malloco, Guzmán tomó «té» durante los fines de semana los dos o tres años anteriores a la elección de 1970 y durante el gobierno de Allende. No sabemos si fue «todas» las semanas. Nunca se quedó a dormir allí (Alessandri tampoco).

¿Qué admiraba Guzmán de Alessandri?

Dice: «La presidencia de don Jorge, vivida por mí entre los 12 y los 18 años, comenzó encontrándome en el colegio y terminó cuando estaba en el segundo año de universidad. Época decisiva en la formación de una persona, su figura ejerció sobre mí un magnetismo extraordinario. Sólo vendría a conocerlo personalmente después, en 1967, y a acercarme a él en su segunda campaña presidencial, para la elección de 1970, en la que participé, activamente como dirigente juvenil y a consecuencia de la cual nació una profunda y estrecha amistad con él que perduró hasta su muerte. Pero mi vibrante alessandrismo databa de mucho antes»[38].

Observemos desde cuándo se inició esta admiración. Guzmán dice desde «mucho antes». Pero, ¿cuánto es mucho antes para un joven de 21 años, como tenía Guzmán en 1967? ¿Cinco años, ocho años? Eso coincide con la época en que su padre Jorge Guzmán fue casi expulsado de su casa por su esposa, cuando Jaime tenía 13 años. Jaime Guzmán agregaba: «Creo que lo que más me sedujo de su personalidad fue precisamente su intachable

integridad moral, acompañado de una notable valentía para combatir, desde la soledad, contra los falsos mitos y consignas»[39].

Cabe hacer notar que –*mutatis mutandis*– Guzmán y Alessandri tenían muchas cosas parecidas. De partida en su vida diaria. Ambos no fumaban, no salían con o se interesaban por mujeres, al menos abierta y públicamente; Alessandri no bebía alcohol; Jaime Guzmán sí, pero muy moderadamente y era, en cambio, un gran gourmet. Incluso en su forma de vestir llegaron a parecerse, al menos en una prenda emblemática: la bufanda color pelo de camello.

A Guzmán le gustaba el fútbol; a Alessandri no. Los dos eran de poca comida. Ninguno era poseedor de grandes bibliotecas, ni siquiera medianas. La actitud de Guzmán frente a Alessandri era –leímos sus palabras– casi de veneración, como a un padre admirado y serio, o un santo.

¿Y cuál era la actitud de Alessandri hacia Guzmán? De eso sabemos mucho menos. Pero Alessandri era muy ególatra y tener un amigo y discípulo de esas características debe haber halagado su vanidad y personalidad narcisa[40].

Jaime Guzmán siempre mantuvo una gran foto de Jorge Alessandri en su oficina. Sin duda, lo admiraba como hombre y como político, más allá de lo que hubiera podido esperarse. Y se ha relatado que en febrero, por la época del Festival de Viña, solía pasear conversando con Jorge Alessandri por la vereda frente o cerca al hotel Miramar.

Muchas veces se ha dicho que probablemente existía una cierta relación de atracción entre ambos. Pero dejemos a un lado a Alessandri.

Jaime Guzmán no tenía voz, modos, ni se vestía de manera afectada. Era valiente y franco. Nadie (excepto Luciano Cruz) lo dejaba callado.

Por otra parte, al parecer también tenía amistad con otros Alessandri; con Arturo Alessandri Rodríguez y otros de la familia (por la ópera quizá). Visitó varias veces un fundo que tenía esa familia cerca del lago Budi. Esto

lo supe porque hice la práctica (como licenciado en derecho) en el Servicio de Asistencia Judicial a Menores y el director de este, Enrique Báguena Visconti, me contó que Jaime Guzmán, quien igual la había hecho allí, a veces le solicitaba permiso para faltar los viernes porque estaba invitado al Budi.

38 Jaime Guzmán Errázuriz, *Escritos personales*, Santiago, Zig-Zag (3[ra]. ed.), 1992.

39 Ibíd., p. 24.

40 Testigos fieles me han contado que en Malloco se sentaban en una mesa en que Alessandri quedaba frente a un espejo y mientras gesticulaba en la conversación, tendía a mirarse en él.

Otros aspectos de la cuestión

Que Guzmán sentía cierta atracción por los hombres jóvenes, aristócratas, de buena presencia y atractivos, puede ser. Como dijo un pariente, «le gustaba rodearse más de hombres que de mujeres», pero eso no era una regla absoluta[41]. Creo que es seguro que Guzmán nunca tuvo una relación sentimental con nadie y que si tuvo alguna atracción, fue platónica. Su religiosidad católica y conservadora, muy acentuada, habría inhibido cualquier manifestación concreta de ese estado. Es lo más probable que muriera virgen.

Además, existe otro factor, que hoy ciertamente sería puesto en duda y minimizado, pero en el que Guzmán, católico fervoroso, creía fuertemente: la profunda importancia de la castidad[42].

¿Era eso o era una justificación de su lejanía con las mujeres?

No sé. Creo, como dije anteriormente, que eso estaba más ligado al carácter fuerte y a veces agresivo de su madre.

Por lo demás, una o más veces declaró que su mujer ideal era la ex comentarista internacional de Canal 13 Karin Ebensperger. Asimismo se dijo que sentía un amor especial hacia Pila Zegers.

Otra mujer de interés para Guzmán fue una actriz-cantante española que asistió varias veces al Festival de Viña: Mari Trini. También otra cantante del evento, latinoamericana y muy buenamoza, le habría gustado: Nidia Caro, con quien se le vio tomado de la mano[43].

41 Entrevista a Ignacio Santa Cruz, cit.

42 Entrevista a Juan de Dios Vial C., cit.

43 Rosario Guzmán, *op. cit.*, p. 121.

El hombre fuerte

Jaime Guzmán, en su adolescencia y primera juventud, con la notable excepción de su miedo a las mujeres, su hipocondría y su terror a los perros[44], era fuerte. Lo sería toda la vida. Si nos atenemos a sus cargos directivos universitarios, los que sin duda obtuvo por elección, se nos aparece como una figura con características de líder. Su creación del gremialismo, afirma esta idea. En consonancia con la frase de su hermana, su acercamiento a Jorge Alessandri y antes a figuras simbólicas fuertes (Franco, Primo de Rivera), nos dice que el síndrome del padre ausente tuvo para Guzmán la consecuencia de que buscó apoyarse en estos verdaderos padres alternativos, de los cuales tomó en parte su propia fuerza.

Esta fortaleza y actitud asertiva y triunfadora frente a la vida, ¿era una compensación por la ausencia de un padre admirado y guía, y su reemplazo por padres sustitutos? ¿O la heredó del carácter de su madre y su entorno familiar, cultural y político conservador?

El hecho fue que adquirió mucha fortaleza, la que después le permitiría convertirse en la eminencia gris, tras la futura estructura institucional de Chile, por largos 17 años.

44 Entrevista a Juan de Dios Vial C., cit.

¿Cómo vivía?

Como ya señalamos, hacia 1970 se fue a vivir a un departamento en la plaza Las Lilas. Su rutina era la de hacer las clases en la Católica y sus actividades políticas, aunque conservaba siempre un lugar para la religión. No sé si iba a misa diaria, pero es probable.

También vimos que tenía una empleada doméstica joven, Violeta Chaparro (algunos la califican de una «mama»; ahora se diría «nana»), con la cual mantenía una familiaridad notoria y que lo adoraba. ¿Era un paliativo a su falta de pareja? No tengo respuesta. Juntos preparaban la comida cuando Guzmán tenía invitados, lo que era frecuente. La hija de Violeta Chaparro fue una de las primeras secretarias ejecutivas de la Fundación Jaime Guzmán.

A él le gustaba dirigir la conversación. Un invitado que una vez se atrevió a contradecirlo, no fue invitado de nuevo (*). Después de 1973 había consolidado una egolatría que posiblemente le venía desde niño.

En su departamento, tenía un pequeño altar barroco que había heredado de su familia.

¿Cómo se vestía? Con sencillez y buen gusto, pero nada exagerado. Su única concesión a la elegancia era un reloj de oro Patek Philippe, que al parecer había pertenecido a su abuelo Errázuriz.

Miguel Ángel Solar me contó que una vez que, conversando (puede que no haya sido con él), le preguntaron a Guzmán sobre la cuestión de disfrutar la vida y… sobre la muerte. Guzmán contestó que en las noches pensaba en la muerte. ¿Con angustia? En todo esto lo que parece es que tenía un problema de insomnio (igual que Alessandri).

En su velador mantenía una calavera. Otras declaraciones suyas, posteriores, apuntaban a que perdió su miedo a la muerte después de los 40 años. Al parecer estaba muy seguro de irse al cielo. Lo que temía era a la vejez.

Su carácter no solo hipocondríaco, sino también indudablemente neurótico, lo llevaba a consumir muchas pastillas de ansiolíticos e inductores de sueño (*). Puede que algo haya tenido, también, de depresivo, aunque no un caso grave. Siempre solicitaba que el curso que le tocaba hacer a las ocho y media de la mañana, se lo corrieran para las cuatro de la tarde. ¿O era porque iba a misa de ocho?

Pero no se piense que era una figura sufriente. Una vez se le preguntó cuál podría ser el mejor momento de su vida. Dijo que «vivir una tarde en Asís y (después) comer en un restaurante en París, pero no cualquier restaurante, sino alguno que yo conozca y con música que yo elija»[45]. De ser posible, no se perdía la siesta diaria. Metódico, siempre antes de salir tomaba un gran vaso de agua.

En la Escuela de Derecho de la Universidad Católica, también escuché el comentario, de que preguntado Guzmán si en la naturaleza del hombre estaba el ser feliz, habría contestado: «Feliz no, sí contento».

Una figura mayor que lo conoció mucho dice que Guzmán disfrutaba del fútbol (algo que ya sabemos), de la música pues asistía a conciertos, gustaba de la ópera (en particular *Parsifal*, de Richard Wagner, según se me ha dicho) y… el Festival de Viña, el cual no se perdió casi nunca o nunca. Ahora bien, no se ve un común denominador entre sus aficiones (*).

Aunque estaba casi en las antípodas de ser un adonis, algo que quizá también tuvo que ver con su temor a la mujer, muchas niñas lo admiraban e incluso perseguían…, pero nada se sabe de una relación permanente. De hecho, según Rosario, su inhibición frente a las mujeres era tal, que cuando los hermanos se sentaban en una cama a conversar de mujeres, pues con

ella lo hacía a veces, Jaime se alejaba físicamente, cuando veía que estaban tocándose[46]. ¿O era solo la impresión de su hermana? En todo caso habría sido un acto espontáneo, gobernado por el inconsciente.

Más de alguna vez le dijo a Rosario: «¡Si encontrara una mujer como tú!».

45 Esto apareció en una entrevista concedida a un diario o revista, o en apuntes escritos por uno de sus colaboradores o amigos que no hemos podido escuchar, pero que en su momento leí. No lo he podido encontrar en sus libros.

46 Entrevista a Rosario Guzmán, cit.

La Unidad Popular

Al comienzo del gobierno de la Unidad Popular, Jaime Guzmán entró en pánico e incluso adhirió a Patria y Libertad, un grupo de tendencia fascista. Aunque no participó en actos de violencia y esa adhesión duró poco.

Después se fue serenando y su racionalismo fue ideando un plan. De partida había que contar con todos los partidos políticos de oposición. El recordado Claudio Orrego Vicuña, generoso e inteligente, pero un poco ingenuo, llegó a contarnos, a un grupo de jóvenes a quienes nos dirigía y ayudaba, que había conversado con Guzmán y que les había asegurado que el gremialismo corporativista, que había encabezado unos años antes y durante la «reforma» de la Universidad Católica, era absolutamente compatible con los partidos políticos y con la democracia liberal abierta, y absolutamente contrario a todo autoritarismo. Cuánto ha de haber recordado Claudio Orrego esas palabras, después de 1973 y antes de 1982, cuando muriera, que Guzmán le decía, justificando su actitud de apoyo a un régimen que violaba sistemáticamente los derechos humanos, que era elegir un mal menor, ante la posibilidad de tener un Chile marxista.

Guzmán fue extremadamente valiente en su oposición al gobierno de la Unidad Popular. Personalmente (yo estaba dos cursos más abajo que él en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica), recuerdo haberle escuchado el siguiente diálogo. Alguien le preguntó: «¿Pero, Jaime, tú pretendes salir vivo de esta crisis?», y él respondió casi sin pensarlo: «Eso sería pedir demasiado».

El hecho era que hacia fines de 1970, teníamos a Jaime Guzmán transformado en un apóstol de la democracia liberal. En su nombre, sería uno de los principales enemigos de la Unidad Popular y de Salvador

Allende, a quien acusaba de ser un peligro mortal para todo eso. Su anterior admiración por Francisco Franco desapareció e incluso se fue alejando, al menos públicamente, de su tercer padre (si contamos el biológico): Jorge Alessandri Rodríguez. Solo en su integrismo católico conservador mantuvo la línea, pero no le importaba, pues lo fortalecía en la lucha emprendida.

Por su privilegiada verba y capacidad de raciocinio, consiguió que lo invitaran al programa de Canal 13, *A esta hora se improvisa*, que se transmitía los domingos por la noche y lo veía todo el Chile de alta y mediana cultura.

Por esa época, después de octubre de 1972, confesó a algunos amigos que ya no le interesaba el juego democrático, que veía como impotente, y que estaba por el golpe militar[47].

47 Testimonio de Eduardo Rodríguez.

Príncipe de Chile

Entró al gobierno militar a las pocas semanas de producido el golpe del 11 de septiembre de 1973, promovido por el comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, general Gustavo Leigh, después de un primer contacto con el general del Ejército Sergio Nuño. Se dice que habría llamado al Ministerio de Defensa y había solicitado «hablar con un general». Lo atendió Nuño pero Leigh lo supo (*).

¿Por qué fue así? El general del Aire lo había visto en el programa del Canal 13 (UC) *A esta hora se improvisa* y le tenía admiración por su rápida inteligencia.

Como anécdota cuento que durante los primeros años del programa, que había empezado a comienzos del gobierno de Allende, la Democracia Cristiana nombró como su representante a Genaro Arriagada[48]. En la televisión, era divertido ver cómo Arriagada trataba de hacer yunta con Guzmán, el que, sin mirarlo jamás, seguía hablando de lo que quería.

Sin embargo, Guzmán haría rápido cambio de padre esta vez. Leigh no servía; posiblemente, a ese aviador ligado a los radicales y masones –como diría Menéndez Pelayo, «un heterodoxo»–, lo usó para escalar hasta Pinochet, que tampoco era una figura de las características como para llenar su vacío de padre… pero lo necesitaba (para llenar su vacío de poder). Más intelectual y culto que Pinochet, Leigh era menos astuto. Por lo demás, la FACH frente al Ejército era poca cosa en la estricta jerarquización militar chilena.

Pinochet, quien al comienzo fue muy torpe –aunque calló– o estaba muy asustado de su nuevo rol, como fruto de la relación inicial de Guzmán con Leigh, llegó a preguntar si Jaime Guzmán era… ¡masón! Esa pregunta

significaba no entender nada, pero pronto comprendería. El propio Guzmán y, sin duda, otros asesores le mostraron la verdadera personalidad del joven gremialista al general del Ejército.

Ante la casta militar, con su respeto absoluto a las jerarquías, había logrado imponerse la figura del jefe Pinochet. La astucia de Pinochet, y su falta de escrúpulos, se lo había permitido. Eso ocurrió no como obra de Guzmán solamente, pero ayudó.

Desde entonces gobernó Pinochet, pero también, en determinadas materias, como en el esbozo de la institucionalidad futura de Chile (que era lo que a él le interesaba), el arquitecto era Jaime Guzmán. Este se transformó en una suerte de «príncipe de Chile», o al menos fue la eminencia gris del régimen. También en un fanático de Pinochet, raro acercamiento a una figura astuta, de poca cultura y que el propio Guzmán consideraba poco inteligente («no se le puede dejar improvisar», decía). El general no colmaba su búsqueda inconsciente de padre, aunque sí era fuerte y autoritario.

Jaime Guzmán utilizó su poder en algunos casos para salvar personas de la ex Unidad Popular, que seguramente habrían sido asesinados de no haber mediado su actuación. Miguel Ángel Solar padre me contó del caso de su hijo, el rival de
Guzmán en la época de reforma en la Universidad Católica, a quien salvó; pero también de que un día que habían quedado de juntarse en el departamento de Jaime en Plaza Las Lilas, Guzmán no llegó. ¿Por qué? No sabemos, posiblemente para despistar a Contreras, quien no podría informar que Guzmán se juntaba con el padre de un personaje importante de izquierda. Salvó asimismo a varias figuras más; entre ellas, a Osvaldo Andrade. También a Ángel Parra, Roberto Celedón y varios otros (*).

¿Tenía Guzmán una incondicionalidad a Pinochet verdadera o era solo una táctica? Esto último lo creo; lo primero no tanto. Ahora era el jugador

de ajedrez el que aparecía. De hecho daba la impresión de que era Pinochet el más interesado en intimar personalmente con Guzmán, el que nunca visitaba su casa. La razón era que Lucía Hiriart no lo podía ver y hacía presión sobre su marido[49].

La relación con Pinochet tenía poco que ver con la que tuvo con Jorge Alessandri. Pero la adhesión a Pinochet, y más todavía, el proyecto de la democracia protegida que estaba meditando, se fundaba en la creación de un padre, no para él sino para todo «su» Chile, el que Jaime Guzmán ciertamente amaba y quería conservar a toda costa. Es por esto que catalogar a Guzmán como «príncipe de Chile» no es una exageración. Nada tenía de príncipe en su vida privada y en la parafernalia del poder. No obstante, en su fuero interno no puede haber sido inconsciente de su papel, y de seguro que le gustaba.

El hecho es que Pinochet, autoritario y firme, se transformó en la última figura admirada y además útil, aunque no un padre, para Jaime Guzmán, quien fue desde entonces, con todo, su partidario acérrimo, pero calculador.

Guzmán era el personaje casi omnipotente que actuaba en las sombras. Era la «eminencia gris». Le gustaba aparecer como el niño malo.

De allí partiría en el futuro su enemistad odiosa con Contreras, el que era demasiado vulgar, cruel y cínico, posiblemente un psicópata… Sin embargo, nunca se opuso a Pinochet, tan culpable como el jefe de la DINA de los horrores que estaban sucediendo, pero que significaba consolidar el régimen que postulaba y por eso no podía enemistarse con él.

Guzmán moriría antes que Pinochet. De ellos dos surgió la Constitución de 1980 en su primera versión, la que consagraba una democracia protegida, que en verdad poco tenía de democracia. Jaime Guzmán se jugó por su aprobación en el plebiscito espurio en que se aprobó[50]. Guzmán –perdiendo su habitual mesura– incluso acusó a Eduardo Frei Montalva, que

se opuso a la consulta popular, de estar «llamando al quiebre de las Fuerzas Armadas»[51].

48 Recuerdo del autor.

49 Cuando Contreras se vio obligado a renunciar, Lucía Hiriart lo visitó y se dice que hablaron periquitos de Guzmán, pero no me consta.

50 Cfr., Cristián Gazmuri, *Historia de Chile 1891-1994*, RIL Editores, Santiago, 2012, p. 432.

51 Ibíd.

Los derechos humanos

¿Conocía Jaime Guzmán los crímenes de la DINA? Sin duda alguna[52] y eso no mermó su apoyo al régimen, sabiendo que denunciar eso hacía peligrar su cercanía a Pinochet, al menos hasta que Contreras pasó a retiro y aun después. En esa medida fue cómplice, o, al menos, encubridor de sus crímenes. Probablemente contra su voluntad, pero lo fue. Además, todo valía contra el marxismo y en especial contra el comunismo. ¿Cómo conciliaba esa actitud con su catolicismo casi integrista? No lo sabemos y este es uno de los misterios de Jaime Guzmán y la posible causa de algunas angustias, que al parecer tuvo, porque era sinceramente muy católico.

La carta a Orrego ya citada no aclara nada. Pero recordemos a Franco, Oliveira Salazar, Petain, por nombrar solo gobernantes que también lograban conciliar eso que parece absolutamente inconciliable. Tal como en el caso de estos, se puede comprender, con algunos sofismas, la actitud de Guzmán como la idea de que era «el mal menor» para Chile o simplemente por una actitud psicológica desviada que muy bien pudo haber sido el caso de este ultrabeato. Por lo demás, la mayor parte de la derecha de entonces (y aún hoy) estaba en lo mismo.

En todo caso, de las cientos o miles de esas violaciones a los derechos humanos, Guzmán fue responsable por dejar hacer, sin tomar una actitud más firme en contra de ellos y plantear, por ejemplo, que si continuaban, él se retiraba del gobierno. Pero… ¿y si le decían que sí? Era el fin del gremialismo y su proyecto histórico para Chile y no creo que se hubiera expuesto a eso. Era echar años de trabajo por la borda y renunciar a su proyecto vital. Por eso no estuvo dispuesto a correr semejante riesgo. Peor todavía, si dejaba el gobierno, las violaciones a los derechos humanos no

disminuirían… y posiblemente aumentarían. En suma, probablemente se convenció, como decía Max Weber, de que «quien entra en política pacta con el diablo». Quizás así adquirió una ductilidad moral que necesitaba.

Esta esencial ductilidad moral le permitía, con raciocinios y no pocas veces con sofismas, contradicciones evidentes. Ocurrió de partida, como recién hemos dicho en la tolerancia a las violaciones de los derechos humanos, siendo él figura importantísima en el régimen que los llevaba a cabo. Pero igual con su apoyo a una economía liberal, que fue poco honesta y abusadora con los más desposeídos y la dictadura política que la imponía.

Sus visitas con amigos UDI a Colonia Dignidad no fueron –me parece– un engaño de los directivos de ese establecimiento donde se violaron los derechos humanos, en particular la libertad, y se torturó y asesinó. ¿Fue Guzmán tan poco perspicaz, que existiendo los antecedentes que existían, apoyó a ese enclave con sus visitas ingenuamente y engañado? Tengo una seria duda.

Para Guzmán, el gobierno militar, lejos de ser un lapso de «transición», debía ser el asentamiento, todo lo definitivo que fuera posible, de una «nueva democracia» o «democracia protegida» o, si tomamos el concepto de Belén Moncada, «democracia contrarrevolucionaria», que tuviera todos los mecanismos para impedir no únicamente una revolución de izquierda, sino tan solo cambios estructurales que apuntaran en dicho sentido. Un sistema que actuara como padre cuidadoso, protector y castigador.

Se jugó, con su séquito del gremialismo, luego UDI, para que al menos eso durara hasta 1996. Chile debía tener un padre fuerte, protector, invencible.

No quería la sumisión para los opositores «democráticos» hasta que traspasaran un determinado punto. Tampoco el aplastamiento sumiso de los pobres de Chile. Todos debían sentirse felices donde estaban. Pero a los

pecadores que querían cambiar ese orden, se los debía acallar y acabar con ellos.

Y así pasaron los años y los episodios. El «mitin» del cerro Chacarillas, donde Guzmán y Gonzalo Vial escucharon a las gorras (y sombreros) de gobierno. Ha de haber sido una buena lata, porque sabían, a la letra, lo que se iba a decir. En una secuencia que habría de tener algunos cambios, se determinó cuál habría de ser el régimen de «democracia protegida» para el Chile del futuro.

Finalmente, Pinochet sacrificaría no solo ante Estados Unidos, sino que ante el propio Guzmán, al jefe de la DINA Manuel Contreras, después de que este mandara a matar a Orlando Letelier en Washington. No era una menguada manifestación de apoyo a Guzmán, quien se jugó por la salida de Contreras[53], pero siempre actuando calladamente entre bambalinas. Pero, mejor aún, desprenderse de una figura malvada como Contreras parecía consolidar el régimen burgués oligárquico y autoritario en lo político, pero no brutal, lo que era el desiderátum de Jaime Guzmán.

En relación con el tema, Jaime Guzmán era partidario de la pena de muerte, pero «en cuanto expiación».

52 Los conocían todos los miembros importantes de la dictadura y gran parte de los chilenos que callaban, por miedo o porque tenían muy fresco el recuerdo de la debacle que hubo en los últimos tiempos de la Unidad Popular.

53 Es la opinión de Belén Moncada, *op. cit.*, p. 135.

Su familia durante la dictadura

Por cierto que Jaime Guzmán no sacó provecho personal alguno de su situación privilegiada durante la dictadura. Vivía de su sueldo como académico en la Facultad de Derecho de la Universidad Católica y de algún dinero que debe haber obtenido de sus funciones públicas. Por ejemplo, como miembro de la Comisión Ortúzar que redactaba la nueva Constitución.

Como no podía manejar debido a su problema de la vista, no tenía auto. En la época de dirigente universitario y de la campaña presidencial de Alessandri viajaba en micro y rara vez tomaba un taxi. Después cuando ya era una figura nacional y miembro de la Comisión Redactora de una nueva Constitución, utilizó el metro. Siendo senador tenía un auto con chofer, como todos sus pares. En este lo matarían.

¿Y su padre y su madre? Jorge Guzmán había quedado con una cantidad, al parecer no menor, de dinero, después de su separación de Carmen Errázuriz, en 1957; pero siempre vivió muy pobremente, en la calle Manuel Barros Borgoño, en una casa a la antigua, con patio de atrás, con unas tías viejas, como señalamos anteriormente. En las décadas que le faltaban para su muerte, continuó con su vida bohemia, pero ahora era una bohemia triste y extrema. Según se cuenta, cayó en una fuerte depresión y en el alcoholismo, hasta fallecer de una enfermedad hepática, posiblemente cirrosis (*), hacia 1977 . Entonces fue que se comprobó que, a pesar de la pobreza en su vida diaria, había dejado una considerable herencia, en moneda dura (la que había ido incrementando) e inmuebles, con la expresa voluntad de que pasara a sus hijos[54]. Según la misma fuente, era la

separación con estos lo que le había producido la depresión que lo condujo a la enfermedad que lo llevó a la tumba (*).

Ignoro si Jaime Guzmán dejó de ver a su padre por un tiempo relativamente largo; en todo caso, cuando lo hizo –todavía– era contra el deseo de su madre; en estas visitas veía la pieza de un bohemio –llena de botellas– y su vida, ya dada por agotada. ¿Qué diferencia había –para bien, diría yo, aunque me temo que no Jaime Guzmán– con la de Franco, Alessandri o Pinochet?

En 1973 debe haber tenido cerca de 52 años. Me han dicho que sufría mucho con la lejanía de sus hijos (*). Pese a lo cual, cuando se casó Rosario, en 1968 o 1969, con prohibición de la señora Carmen de que don Jorge asistiera al matrimonio religioso (Jaime Guzmán la acompañó en la entrada hasta el altar), el padre igual vio la ceremonia escondido desde el coro y se habrá sentido contento cuando los recientes esposos lo fueron a visitar a su casa horas después[55].

En todo caso, Jaime Guzmán, si es que alguna vez suspendió sus visitas, comenzó a ver de nuevo a su padre poco antes o después de cumplir los 30 años. ¿Cuánto tiempo había pasado sin verlo, de ser así? ¿Años? Lo siguió viendo, no sabemos con qué frecuencia, hasta la muerte de don Jorge, en 1977.

Carmen Errázuriz igual ha de haber quedado con dinero; en primer lugar, de sus herencias o lo que quedaba de ellas. Recordemos que era descendiente de Maximiano Errázuriz Urmeneta, uno de los hombres más ricos de Chile. Además, tenía su trabajo en Cocha como organizadora de los tours para niños y niñas con recursos familiares, que le gustaba y donde no habrá ganado poco, aunque no tenemos seguridad. Carmen Errázuriz no debe haber tenido mucha necesidad de dinero (*).

Los que participaron en los tours, que en su mayoría eran muchachas y muchachos muy jóvenes, recién salidos del colegio, guardan buenos

recuerdos de estos. La gente mayor, que también iba y que tenía una base cultural más sólida, guarda un recuerdo aún mejor, destacando las considerables cualidades de Carmen Errázuriz como organizadora y su notable cultura (*).

Por lo demás, la familia Errázuriz estaba encantada del papel que jugaba Jaime Guzmán, en particular su madre y su buenamoza hermana Rosario, con su vocación pública y después trágica vida. Al parecer no tenían conciencia del peligro que corría, o al menos no lo consideraban tan inmediato. Él, como hemos visto, sí la tenía, pero no le importaba. ¿Quería morir como José Antonio Primo de Rivera?

54 Testimonio de Sergio Guzmán.

55 Ibíd.

¿Ambicioso?

¿Era ambicioso Jaime Guzmán? No de fortuna, sí de poder personal (siempre camuflado, influyendo sobre los que ocupaban altos cargos en la estructura del Estado) y a partir de un ideal para Chile muy propio, el que ya hemos esbozado, un Chile aparentemente democrático (de otra forma no podía ser). Pero con una democracia que de hecho fuera una oligarquía-aristocrática, conservadora y católica, y con valores espirituales ligados a su tradición. En fin, un Chile de una cultura sobria, respetable y respetada. Que hubiera grandes diferencias sociales, parece no haberle importado mucho, aunque lo ideal es que no las hubiera. Tampoco aceptaba la existencia de problemas como el de los pueblos originarios y la supervivencia de su cultura no le inquietaba mayormente. Chile era una nación hispana y que continuara siéndolo hasta su asentamiento social definitivo debía manejarse como una política de Estado. Estaba en contra de la influencia de la cultura anglosajona y, en especial, la yanqui. Como dijimos, tampoco amaba el racionalismo francés. Temía al boom tecnológico. Nunca aprendió a usar un computador personal, ni teléfono celular.

Pero su ambición abarcaba más que eso; es posible que soñara encontrar alguna vez una compañera de vida, que –en su caso– habría sido en matrimonio, pero eso le habría significado pasar primero por un largo psicoanálisis. Cuando su hermana Rosario se lo propuso, Jaime tomó el evangelio y le dijo «prefiero esto», y su hermana Rosario, que sí creía en el psicoanálisis, no pudo convencerlo[56].

56 Entrevista a Rosario Guzmán, cit.

La Iglesia Católica después del golpe

Guzmán era católico como el que más y quizá esperó que, producido el golpe militar, la Iglesia Católica guardara una actitud equidistante, pues su oposición al marxismo era conocida. No fue así.

Cuando comenzaron los crímenes y la violación sistemática de los derechos humanos, la jerarquía católica, encabezada por el cardenal Mons. Raúl Silva Henríquez, ofreció una férrea resistencia a la dictadura y sus abusos, la que duraría hasta su final. Fueron centenares los hombres de la Iglesia Católica (y en algunos casos Protestante), que arriesgando su salud y sus vidas, se jugaron por los perseguidos.

Esto resultó incomprensible para los católicos de derecha y para Guzmán, de quien, con su inteligencia calculadora, podía haber esperado una actitud más reflexiva al respecto. ¿Podían los sacerdotes callar ante los horrores cometidos? Él podía callar, pero a un costo personal que ha de haberlo pagado en vida… Después no sabemos.

Por testimonios[57] conocemos que Guzmán, a pesar de tener públicamente una enemistad con el cardenal Silva Henríquez (en la que intervino a favor de este último el sacerdote Raúl Hasbún), no dejaba de comprenderlo y tenía la opinión de que se trataba de un hombre bueno. Al único obispo al que se oponía férreamente en la época era a Mons. Jorge Hourtón, a quien consideraba una persona peligrosa[58].

Su relación con la Iglesia Católica se redujo a sectores conservadores. Su amistad con el padre Osvaldo Lira se debilitó. Pero, hasta donde sabemos, no perteneció ni al Opus Dei ni a los Legionarios de Cristo, ni a Comunión y Liberación.

57 Entrevista a Sergio Guzmán.

58 Ibíd.

El neoliberalismo: ¿era un intelectual?

No parece natural que Jaime Guzmán, conservador, beato, sin aspiraciones económicas personales, odioso de la moral protestante y la influencia anglosajona, pudiera incluir en su proyecto para Chile que el país adoptase una economía neoliberal. ¿Por qué lo hizo?

Creo que tuvo razones fundamentalmente prácticas. Necesitaba a los Chicago Boys.

Tanto más cuando Guzmán –en una proeza intelectual– había llegado a la conclusión de que el ultraliberalismo económico, a lo Milton Friedman, era compatible con la visión de mundo de la hispanidad conservadora y con el integrismo católico[59].

Creo que se dio cuenta de que el liberalismo era el futuro del mundo y que, cualquiera que fueran sus ideas corporativistas, conservadoras y semirrománticas, oponerse a que se instalara en Chile habría sido un despropósito.

Al parecer quien influyó en él fue Michael Novak, católico y neoliberal, quien tenía una gran facilidad para ajustar sus creencias a sus conveniencias, y esta «cualidad» fue imitada por Guzmán.

Pero, Jaime Guzmán, ¿era culto en materia de pensamiento o arte de cualquier tipo?

Sin duda se había criado en un ambiente refinado. Su madre, con la que vivía, consiguió que Jaime visitara dos veces el viejo continente. Ella misma era una mujer de mucha cultura. Pero Jaime Guzmán nunca se preocupó mucho de la cultura libresca en serio. Lo que sabía era música

clásica y más de algo de pintura, un poco de filosofía escolástica y derecho constitucional.

Recuerdo que estando yo en primer año de derecho en la Universidad Católica, entró Guzmán a la clase a invitarnos a un foro en que se discutirían los idearios políticos de Marx, Maritain y José Antonio Primo de Rivera.

Ciertamente como éramos alumnos de primer año no nos sublevamos ante semejante engendro intelectual. ¿Cómo comparar a esos intelectuales (o semiintelectuales)? Esto demuestra que Guzmán no era él mismo un intelectual. El foro que proponía era algo imposible.

¿Qué hay de la influencia del pensamiento acerca del derecho público de Carl Schmitt, que Renato Cristi ha intuido que existió en la gestación de la gran obra de Guzmán: la Constitución de 1980?[60] Guzmán no hablaba ni leía alemán y si bien hay varios libros de Schmitt traducidos al castellano (o al inglés), no soy de la opinión de Renato Cristi, sobre que Guzmán habría tomado su modelo jurídico-constitucional de Carl Schmitt. No tiene base sólida. Las obras de Schmitt traducidas al castellano no están ni en la biblioteca de la Fundación Jaime Guzmán ni se encontraron en su casa[61]. En todo caso, Schmitt no era el tipo de intelectual que Guzmán leía. Puede que conociera el pensamiento de ese teutón pronazi, pero por comentaristas[62]. De los nazis, a Guzmán no le gustaba su apostasía, su paganismo y muy probablemente sus masacres.

Me parece que su idea del deber ser constitucional de Chile vino más bien de sus conocimientos de la historia de Chile, que tomó de la interpretación nacionalista y autoritaria de historiadores conservadores (Encina, Eyzaguirre, Edwards y Vial); así como de su propia cátedra de derecho constitucional, de la que era un buen profesor[63]. Pero su verdadero amor intelectual era el pensamiento hispanista tradicional. Como se señaló, creemos que seguía de cerca las ideas de Ramiro de Maeztu, Donoso

Cortés, Vásquez de Mella y, sin duda, a José Antonio Primo de Rivera, directamente o a través del padre Osvaldo Lira, quien también le enseñó algo de escolástica. Asimismo, como se dijo, sin duda recibió influencia del brasileño Plinio Corrêa de Oliveira. En fin, quizá igual había leído –en parte– a Menéndez y Pelayo (*Historia de los heterodoxos españoles*). Pero no mucho más.

Lo que sí leía eran las revistas de actualidad chilena y tal vez, en la medida en que pudiera, alguna extranjera.

59 Belén Moncada, *op. cit.* Pássim.

60 Cfr., Renato Cristi, *El pensamiento político de Jaime Guzmán, autoridad y libertad*, Santiago, Lom Ediciones, 2000, pássim.

61 Según me informara Carlos Frontaura y Alejandro San Francisco, ambos profesores de la PUC, afines a la UDI y en el caso de San Francisco, cercano al Opus Dei, con acceso fácil a esas bibliotecas.

62 En esto discrepo con Renato Cristi, quien no conoció a Guzmán.

63 La que usó para conocer la evolución constitucional de Chile.

Jaime Guzmán y Diego Portales

Jaime Guzmán admiraba a Diego Portales. Lo consideraba un gran político de su mismo sector social; un genio que no solamente salvó a la aristocracia durante el período semianárquico, desde la renuncia de O'Higgins hasta el advenimiento de Joaquín Prieto, sino que salvó a Chile de caer como nación, después, ante la Confederación Perú-Boliviana. Además, era el héroe venerado por los historiadores que estimaba: Edwards, Encina, Eyzaguirre y Vial.

¿Creía Guzmán que estaba cumpliendo el mismo papel que Diego Portales tuvo durante el gobierno de Joaquín Prieto? ¿Son figuras susceptibles de comparación? Sobre ambos se ha tejido un mito. Más sobre Portales sin duda.

Es cierto que las circunstancias no eran las mismas. En el Chile de 1973-1989, el 90% de los chilenos ya no estaban «bajo el peso de la noche» y no necesitaban de un guía autoritario que los condujera con mano férrea hasta que hubieran adquirido una cultura cívica suficiente y así evitar el caudillismo y el desorden.

Reemplacemos «el peso de la noche» por las ideologías revolucionarias, entre las que incluyo a la Democracia Cristiana y su «revolución en libertad», que tanto ofrecían a los sectores desposeídos y que se había impuesto en las elecciones democráticas abiertas y limpias en 1964. Para qué decir el marxismo de la Unidad Popular, que lo había hecho en 1970.

De allí la necesidad de la «democracia protegida»; no solo contra los antidemócratas –como los comunistas–, sino que también contra los ciudadanos votantes en general que querían cambios estructurales. No llegó

a plantear el voto censitario, como lo hicieron otros miembros, menos hábiles, de la derecha de entonces, pero quizá le hubiera gustado.

Alberto Edwards, quien, como historiador, comprendió mejor que nadie, el pensamiento de Portales, dice: «La técnica constitucional le importaba poco: lo esencial, en su concepto, era arreglar lo que llamaba *el resorte principal de la máquina*, esto es, el gobierno impersonal, obedecido y respetado, superior a los partidos y prestigios personales. Cuando esa noción de Estado, que en Portales fue hereditaria y no aprendida, se hubo arraigado en la conciencia nacional, el país continuó obedeciendo con el alma y de hecho ni a Prieto, ni a Bulnes, ni a Montt, sino a una entidad abstracta que no moría: el Gobierno»[64].

Ese mismo autoritarismo es lo que hubiera querido Guzmán, de asentarse su planificación para la futura institucionalidad chilena. Ese era posiblemente su deseo verdadero. Algo quizá soñado, pero ocultado forzosamente, como dolorosa concesión a la modernidad política y a la idea de la soberanía popular y el contractualismo, ya socializado mundialmente y sin vuelta atrás: una autoridad personal a lo Franco o Manuel Montt (más que Prieto) o el mismo Pinochet. Pero no estábamos en el 1939 español, ni en el Chile de 1833 y el concepto sobre el deber ser democrático del «gobierno» que tenían los chilenos, siguiendo la tendencia planetaria hacia 1980, con excepción del mundo comunista que pronto desaparecería, era muy otro. La peligrosa modernidad política, con su idea de la soberanía popular, elecciones, separación de los poderes, derechos individuales, derechos humanos intocables, se había impuesto. Y su sueño, lo comprendía claramente, no era posible. Pero se había de llegar lo más cerca de él que fuera dable.

En otras palabras, posiblemente la dictadura de Pinochet (y de Guzmán) siguió la receta de Portales, durante sus primeros años y con éxito. Pero el «alma nacional», a que aludió Alberto Edwards, como lo propio del «ser»

de Chile, genialmente captado por Portales en su momento, había incorporado muchos elementos de la cultura democrática y esa idea de gobierno autoritario sacralizado ya no era parte de su conciencia colectiva nacional. Y una vez que se hubiera demostrado su inadecuación, el verdadero sentimiento democrático de la nación chilena, adquirido paso a paso, desde mediados del siglo XIX hasta 1970, afloró con fuerza inatajable nuevamente después de 1983 (y las protestas) hasta conducir al resultado del plebiscito de 1988.

Otra diferencia no menor es el hecho de que Portales fue un dictador, pero sus violaciones a los derechos humanos (que las tuvo, como lo demuestran algunos procesos penales que terminaron en la muerte de sus enemigos, o las cárceles ambulantes, cruel y terrible suplicio) nunca se aproximaron siquiera a la represión del gobierno de Pinochet.

Además, Pinochet, a diferencia (ahora) de Franco, no supo encarnar ese hombre identificado, al menos para los suyos, con el poder tradicional y con Dios. Franco debería morir antes de perder esa identificación; en cambio, Pinochet tuvo que irse por haberla perdido antes o no haberla tenido nunca.

Pero hacia 1981, Guzmán, como Portales después de 1833, podía estar muy conforme con la obra realizada. La Constitución de 1980 había sido aprobada por un plebiscito muy poco serio. Pero eso último no importaba… había sido aprobada y mientras los militares gobernaran (y posiblemente estaba pensando en 1996), su vigencia aseguraba el modelo de «democracia protegida»… en verdad, ausencia de democracia y autoritarismo velado. Miel sobre hojuelas. Había salvado a Chile para Occidente y la cultura cristiano-occidental.

64 Alberto Edwards V., *La fronda aristocrática en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 2001, p. 63.

Las protestas

Y todo habría andado bien hacia el futuro si no hubiera sido porque el equipo económico, encabezado por Sergio de Castro, se había excedido en su neoliberalismo y Chile estaba en un gravísimo problema macroeconómico.

El hecho es que en Chile, el milagro económico se derrumbó. En menos de un año vino la debacle económica. Los ministros del área económica salían y dejaban la cárcel por turno; por entonces, para suerte de ellos, la de Capuchinos, más soportable. Era injusto, Pinochet los había apoyado siempre y ahora, cuando se había dado vuelta la tortilla, los culpaba a ellos. Su sentido de conservación animal le indicaba ese camino y lo salvó. Traicionando, mintiendo y abusando, lo salvó. No es poco mérito tener ese instinto de supervivencia, esa tozudez.

Pero de la crisis económica surgió la social y política. Guzmán no sabía mucho de economía, aunque en su esfuerzo por conciliar su visión conservadora del mundo con el liberalismo, al parecer, como vimos, leyó a Novak. En todo caso, hizo traer varios ejemplares de las obras de este al edificio del gremialismo en la calle Suecia, y ahí están todavía. Lo que sí sabía era que había que salvar la obra del gobierno militar, su obra, la que ya había creído consolidada. No era así. Profundo error: en política y economía no hay nada consolidado.

La ciudadanía, a medida que se alejó en el tiempo, se olvidó del caos que fue el gobierno de la Unidad Popular y comenzó a recordar las bondades de la democracia que existía en Chile. También se conocieron cada vez más ampliamente las violaciones a los derechos humanos de la dictadura y surgieron las «protestas», que fueron manifestaciones espontáneas de la

ciudadanía chilena en días determinados y que resultaron incontrolables para el gobierno, aunque las reprimió con extrema dureza y hubo decenas de muertos… Pero Guzmán continuaba apoyando a Pinochet sin una vacilación.

Sin embargo, las protestas se agotaron y un intento torpe y mal hecho por el Partido Comunista de Chile, ahora para asesinar a Pinochet en el Cajón del Maipo, el 7 de septiembre de 1986, permitió el renacimiento y consolidación del régimen. Ya no quedaba duda de que el itinerario oficial, que contemplaba un plebiscito en 1988, donde se decidiría si Pinochet seguiría como presidente ocho años más o se realizarían elecciones libres en 1989, habría de cumplirse. Ahora con registros electorales, la ciudadanía votaría «Sí» o «No».

La «derecha tradicional» chilena

¿Cuál era la opinión de Jaime Guzmán sobre la llamada «derecha tradicional» chilena, la de los fundos y de las mansiones en Santiago, o, a veces, en provincias? Toda una cultura, como ha sido cantada por Los Huasos Quincheros.

Ciertamente como el príncipe de Di Lampedusa y su personaje de *El gatopardo*, esa cultura constituía y contenía todo lo que «amaba de modo absoluto»[65].

Pero una parte de la antigua «derecha chilena», si bien respetaba a Guzmán y su obra, tenía sentimientos auténticamente democráticos y creía que la fórmula Guzmán-Pinochet no era dable.

Por cierto que los que así pensaban, al menos hasta 1988, no era la mayoría de esa derecha. Esta apoyaba a la dictadura. Pensaban como un tío mío, connotado médico: «Yo estoy bien, mis hijos están bien, ¿cómo no voy a apoyar a este gobierno?».

Sobre la derecha política chilena tradicional, Guzmán tenía una pobre idea: había fracasado. Puede que respetara a algunos personajes individualmente, pero su actitud como clase política en los últimos años la consideraba ineficiente y hasta torpe. Otra cosa era Jorge Alessandri: ya nos referimos al tema. Con todo, cuando estuvo en contra de la versión última de la Constitución de 1980, que tenía el visto bueno de Guzmán y Pinochet, y eso le valió el resentimiento constante hasta el momento de la muerte misma de Alessandri, en 1986.

65 Giuseppe Tomasi di Lampedusa, *El gatopardo*, pássim. Hay muchas ediciones.

La UDI

De hecho, Jaime Guzmán creó el gremialismo, con la idea de que fuera un «movimiento» como el de José Antonio Primo de Rivera en España, y no un partido político. Pero ambos, el español y el chileno, terminaron en lo último. ¿Dónde quedaba su discurso contra los partidos políticos y la política?

El gremialismo, al comienzo, era la clientela de Jaime Guzmán, la que se fue ampliando hasta ser una vasta organización, bien estructurada (lo que dura hasta hoy), con una conducción de élite, pero que comprendía o comprende una vasta proporción de los chilenos humildes. Aunque, entonces, él dirigía todo.

Sin embargo, andando el tiempo, Guzmán se dio cuenta de que el sistema de partidos políticos era tan viejo como las democracias de Occidente, y aun antes. Era necesario cambiar la nominación de gremialismo por otra. Se eligió el nombre de Partido Unión Democrática Independiente (UDI). Desde ahí, la UDI actuaría como el más político de los partidos.

Guzmán apreciaba a todos sus seguidores UDI, pero no de igual manera. Las diferencias, a veces sutiles y cortesanas, casi vaticanas, eran múltiples. Tenía cercanía con los hermanos Chadwick, Pablo Longueira, Hernán Larraín, Arturo Fontaine Talavera y Miguel Kast, hasta cierto punto. Pero a otros UDI o RN, *mediócratas* (según el neologismo de Gonzalo Vial, asaz despectivo), como a Jaime Orpis, por ejemplo, Alberto Hardessen o los Cordero, los consideraba utilizables, aunque también los respetaba. Le importaba que fueran eficientes. Los conquistaba gracias a su notable inteligencia emocional y eminentemente práctica (*).

Pero había otros UDI. Algunos que bordeaban la delincuencia. Como un tal Cabrera, que organizó la repulsa a los obispos que venían de Medellín. Sin duda en conocimiento de Guzmán, organizó una manifestación de rechazo que dejó varios heridos. Cabrera se suicidó después (aunque también hay versiones de que fue solo un accidente automovilístico). Cabrera tomaba permanentemente grandes cantidades de psicotrópicos para dormir. ¿Lo sabía Guzmán?[66].

No sabemos qué opinaba de Jovino Novoa, que en esa época, según se comentaba generalizadamente (*), llevaba una vida personal un tanto desordenada.

A Tomás Irarrázabal posiblemente lo consideraba un buen oligarca que estaba dispuesto a jugarse. No sé qué pensaría de su capacidad.

A Hernán Larraín le tenía respeto, pese a que siempre lo consideró un semidemocratacristiano (*).

A la UDI en general, la consideraba un buen rebaño, bien estructurado y dócil, con sentimientos sanos (creo que lo eran, en su particular perspectiva), el que debía dejarlo a él hacer el juego de cúpula y apoyarlo en este. Su partido había crecido mucho merced al apoyo del gobierno, pero también gracias a que era una estructura ordenada y que casi no admitía pugnas internas. Incluso en sectores sociales bajos, poblacionales, trabajaron y lograron mucho apoyo electoral, lo que había sido su interés desde un principio. Todavía lo tienen.

Fundar el partido político UDI le costó a Guzmán enemistarse con su mentor, el padre Lira, que, apasionado como era, llevó el distanciamiento hasta la ruptura.

66 Lo supo, después de la tragedia, pero no se consideró en absoluto responsable de ella.

La democracia

¿Era demócrata Jaime Guzmán? Según y cómo. Si la democracia, en la forma que adoptara, no le aseguraba la supervivencia de los que consideraba sus valores intocables del «alma nacional» chilena, tal como él los concebía, el orden social a su modo, no era demócrata. Belén Moncada define su posición como una «democracia contrarrevolucionaria», lo que teóricamente es concebible, aunque en la historia mundial cuesta encontrar casos de democracia cuyo fin sea, ontológicamente, ser «contrarrevolucionaria». Pero han existido numerosas democracias de signo conservador, que en cuanto tales, se aproximan al concepto.

Pero Chile durante el gobierno de Pinochet era una dictadura y en cuanto esta terminó y comenzó a gobernar la Concertación, se acabó la posibilidad de una democracia contrarrevolucionaria. ¿Definitivamente?

Después de 1989 siguieron existiendo en Chile algunos rasgos institucionales autoritarios importantes, siempre cuestionados mayoritariamente por los chilenos (según las encuestas) y algunos fueron modificados. Pero el hábil Guzmán, que había fabricado la Constitución de 1980 a prueba no solo de revoluciones, sino que simplemente de cambios estructurales, colocó una trampa. De hecho impuso un quórum muy alto para reformar determinados aspectos centrales de la Constitución de 1980 (en concreto, el sistema de sufragio «binominal», ahora en jaque merced a otros mecanismos políticos que Guzmán no previó), para impedir así que una mayoría aprobara, cualquier cambio estructural al respecto. Hasta el punto que un académico, en junio de 2013, dijo que el cambio institucional en Chile sería imposible de llevar adelante «por las buenas» y solo podría

hacerse «por las malas», a lo Lenin. Lo que a mi juicio significaría el fin de la democracia en Chile.

Si hubiese ganado el «Sí», no sabemos qué hubiera pasado, pero lo más probable es que se habría dado un gobierno de tipo «pretoriano», más que una «democracia contrarrevolucionaria». Pretorianismo donde la fuerza impediría cualquier manifestación democrática, más allá de los estrechos límites de la versión «original» de la Constitución de 1980.

¿Era este el deseo de Jaime Guzmán? Posiblemente hubiera preferido un pretorianismo sin grandes tensiones de ser posible. Era más seguro. Se puede deducir que su cerrada campaña por el «Sí» conllevaba justamente transformar a Chile en ese Estado pretoriano, que sería la manifestación concreta de su «democracia protegida».

La Constitución de 1980

Es el aspecto más estudiado de la obra de Jaime Guzmán. Él, por ser como era, no podía elegir otro camino que el plasmado en esta, paradojalmente el más obvio. En el fondo, lo que fue la Constitución de 1980, en lo vertebral, era una proyección de su idea del mundo. Su pensamiento político era banal, por lo demás. Belén Moncada lo dice en su libro («la característica más destacable de su pensamiento político consiste en la combinación que hace [Guzmán] de valores filosóficos, oportunismo político y oratoria»)[67]. Aclaremos: era una proyección de su idea del deber ser institucional de Chile. Fruto de la construcción entremezclada hábil y dúctilmente de elementos conservadores, algunos conscientes bebidos en el mundo político de la familia de su madre o de autores conservadores, historiadores y constitucionalistas. E inconsciente, de la búsqueda, como dice su hermana, de «figuras paternas de rasgos más bien autoritarios, dominantes, imperativos». El padre fuerte y protector.

67 Belén Moncada, *op. cit*., p. 252.

La familia Pinochet

Por otra parte, nada más distinto que Jaime Guzmán y la familia Pinochet: señora e hijos. No sé cuál era y es la opinión de los vástagos de Pinochet sobre Jaime Guzmán. Nada he leído al respecto. Pero sí sé que Lucía Hiriart lo odiaba. ¿Era la amistad de doña Lucía con Manuel Contreras o creía que el gobierno militar era una instancia en que Jaime Guzmán Errázuriz los utilizaba? (*) No creo que Lucía Hiriart hubiera tenido una inteligencia tan analítica y los conocimientos de historia de Chile necesarios para llegar a esa conclusión. Era de piel. Odiaba a este aristócrata despectivo, incluso con su Augusto. Jaime Guzmán jamás visitó la casa de la familia Pinochet-Hiriart.

Pinochet creía que iba a pasar a la historia de Chile como Bernardo O'Higgins. Toda la simbología, importante entre los cuerpos armados, lo hacía soñar. Pero Lucía Hiriart, más intuitiva, sospechaba que Jaime Guzmán y la derecha, antigua y nueva, lo estaban usando. Los militares, y en particular su marido, podían ser solo instrumentos de la «gente linda», a la que aludió varias veces. El símbolo que creía que tipificaba la maniobra de Guzmán era el siguiente: él quería ser el creador del nuevo régimen de democracia protegida de Chile, desplazando a su Augusto.

Sin comprender mucho, simplemente no le gustaba este «feto», porque (parece) así lo trataba, que tanta influencia tenía sobre su marido. Puede que la opinión a favor de Contreras y contra Guzmán, de repetida y repetida, influyera. Pero, exactamente, ¿qué tenía Lucía Hiriart contra Jaime Guzmán? Ella todavía está viva y quizá podría averiguarse, ¿pero cuán creíble sería su testimonio? Es muy probable que sus acusaciones fueran influidas, todavía, por las de Contreras.

Por cierto que a Guzmán, en parte, esto le ha de haber provocado risa; pero por otra, sabía la enorme influencia que Lucía Hiriart tenía sobre Pinochet.

Hacia el plebiscito

Guzmán, en su apoyo desatado a Pinochet y más o menos seguro de un triunfo en el plebiscito llamado para 1988, se jugó por el aval irrestricto de su UDI y otros sectores pinochetistas, a la continuidad del general en el poder, la que creía posible. Incluso cambió el nombre de su partido, el que pasó a llamarse «UDI por el SÍ»…

La derrota

Grave error de Pinochet y de Guzmán: se habían intoxicado con su propio jarabe y eso los conduciría a la derrota en la consulta popular.

¿Pero fue así tan claro y terrible el desastre o no tanto? Derrota hubo y lo confirmaron esa misma tarde del evento el general Fernando Matthei y Sergio Onofre Jarpa. Por lo demás, todo Chile había estado en las urnas, ahora votando con registros electorales razonablemente legítimos. Pero los que se deprimieron en un principio –entre ellos, Pinochet y Guzmán, cada uno en su estilo–, después pensaron que quizá la derrota podía convertirse en victoria, lo veremos.

El hecho fue que en el plebiscito, realizado limpiamente, para sorpresa del régimen, ganó claramente el «No».

¿«Qué hacer», como habría dicho Lenin?

¿Aceptar o no el ahora legítimo veredicto popular? Santiago Sinclair, que reemplazaba a Pinochet como comandante en Jefe del Ejército mientras este se encargaba del gobierno, le ofreció dar otro golpe. Tenía acuartelados entre 20.000 y 30.000 hombres en la Escuela Militar y otros lugares, pero un enfrentamiento con los victoriosos partidarios del «No» habría significado otro baño de sangre y posiblemente el fin del proyecto histórico de Guzmán.

Pinochet finalmente aceptó el resultado. Pero esto pudo ser no un acto de grandeza, sino de astucia.

Puede que un argumento, que debe haber tenido muy claro Guzmán, fue el que hizo mayor fuerza en la democrática aceptación de su derrota por Pinochet.

No hay duda de que Jaime Guzmán estaba atemorizado, pero no había que perder la sangre fría. El candidato a presidente que elegiría la alianza opositora y probable gobernante del Chile, después de 1989, se encontraría en condiciones muy difíciles. La URSS y todo el mundo comunista «no» habían caído. El pobre candidato elegido por la oposición, ¿cómo habría de gobernar después de 1989? Este era uno de los escenarios de intriga que tanto gustaban a Guzmán, que se complacía en acomodar sus piezas en un ajedrez ganador.

El gobierno elegido en 1989 tendría la oposición de Pinochet, comandante en Jefe del Ejército, y, en mayor medida (con el almirante Martínez Busch), de la Marina, y en menor grado, de las otras ramas militares. De la Iglesia Católica, donde el papa Juan Pablo II había fortalecido al Opus Dei y los Legionarios de Cristo, y otros integristas como los de Comunión y Liberación. (Como se vio, Guzmán, en su juventud, había sido miembro de otro grupo ultramontano Tradición, Familia y Propiedad –con su revista *Fiducia*–, aunque ahora no se metió con ellos). La UDI tenía el cuasi control de la Universidad Católica de Santiago, la mejor de Chile entonces (y también probablemente de ahora); el control prácticamente de toda la prensa escrita, lo que, por otra parte, habla de la mediocridad del periodismo de centro y de izquierda moderada.

La suerte del presidente de la democrática República de Chile, después de 1989, podría ser el del jamón (o la palta) del sándwich: con oposición de derecha, muy fuerte, y de la izquierda comunista, que controlaba, como hasta hoy, el mundo sindical, que no quería el triunfo de una democracia burguesa. El nuevo gobierno, muy pronto llegaría a perder el control del país, el que, probablemente, llamaría a gritos a Pinochet. Todo esto Guzmán lo ha de haber pensado.

Pero intervino el destino y quiso otra cosa. La Unión Soviética y la Europa del Este se derrumbaron. Apareció el capitalismo, aunque no la

democracia, en China y otros países de mujeres hermosas de ojos oblicuos; y los comunistas chilenos, perjudicados por el sistema electoral binominal, perdieron su poder en la opinión pública y el Parlamento.

Guzmán y Pinochet también seguirían, si no derrotados, sí muy disminuidos en su poder. Y su obra institucional, política y social, muy modificada, hasta sus respectivas muertes.

Pero Guzmán, asesinado en 1991, cumpliéndose su propia profecía, dejó en herencia la Constitución de 1980, ya tratada brevemente. Aunque, como se afirmó recién, ha sido modificada en democracia muchas veces (la primera, entre 1989 y 1990, antes de entregar el gobierno), con ella gobernaron Patricio Aylwin, Eduardo Frei Ruiz-Tagle y Ricardo Lagos, quien la renovó otra vez de manera sustancial, dando a entender que se trataba de una nueva Constitución. Con ella también gobernaron Michelle Bachelet y Sebastián Piñera. Tenía la mencionada trampa, que puede conducir a futuro a graves problemas, incluso a una crisis nacional.

Es curioso, por decir lo menos, que Guzmán, quien tanto admiraba las cualidades morales y la rectitud de Jorge Alessandri, haya dejado en su obra central, esa trampa mal intencionada. Pero cabe hacer notar que Alessandri también estuvo por aprobar la Constitución de 1980, pero se pronunció de forma discreta.

¿Que no lo concibió como trampa? Lo último de lo que se puede acusar a Guzmán es de ingenuo. Creo que lo que sucedió es que entraron a competir en su espíritu el afán de un orden político que protege sus valores, como una suerte de padre institucional y el sistema binominal. Contra su admirado afán de rectitud. Triunfó lo primero.

¿Una insurrección popular entonces? Peor todavía. Si esta llegara a triunfar, tendríamos no un autoritarismo, sino posiblemente un totalitarismo, y sabía que Chile no estaría por eso.

La muerte

Guzmán, como católico observante que era, tenía la idea de que la muerte era un tránsito hacia otra vida, aunque, como se vio, confesaba que después de los 40 años le había perdido el temor, porque tal vez pensaba que se salvaría (*). Es posible que, por entonces, considerara su vida terminada: no podía esperar mucho más.

Más todavía, y esta es una conclusión que saco después de múltiples conversaciones con personas cercanas a Jaime Guzmán: puede que deseara la muerte. Un muy amigo suyo, que le preguntó poco antes de su fin, que por qué no se casaba y tenía hijos, Guzmán le respondió: «Ya se pasó mi época» (o algo parecido). ¿Y después, en el futuro, que creía que venía para él? Sin duda sabía que, como figura pública, siempre sería considerado un hombre importante. Pero como persona, ¿qué le ofrecía la vida? Me temo que su respuesta era que muy poco: solo una vejez más o menos solitaria. Alguna vez, al parecer, dijo: «Ya he cumplido con lo que tenía que hacer en esta vida»(*). Está claro que creía en la otra… «Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir».

¿Cuántas veces pensó Guzmán en la muerte, en las noches en su cama de soltero? ¿Soñaba con el cielo o el infierno?

Es posible que, al menos hasta cumplir los 40 años, como decíamos, haya tenido, en parte, ese concepto terrible de la muerte del arte español.

Vimos que tenía una calavera en su velador (para recordar su destino fatal, según su hermana Rosario[68]), pero yo pienso que algo había de morboso y de penar culpas con esto, una prueba de desequilibrio. Por entonces, Guzmán era el de los cuadros de Valdés Leal, del pudridero. Pero después no; entonces encontramos en él un ansia de muerte como Ignacio

Sánchez Mejías, según García Lorca, y esto explica por qué, sabiéndose amenazado por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) y por Contreras, no se cuidaba en absoluto. El suicidio era pecado; ser asesinado no.

68 Entrevista a Rosario Guzmán, cit.

¿Era un hombre bueno?

Creo que la cuestión ya está contestada. Era bueno en la medida en que sus rivales no perjudicaran su proyecto histórico para Chile. Si no fuese así había que aceptar las maldades que vinieran, tratando de que fueran las mínimas, pero si no lo eran… igual había que aceptarlas. Había que pensar en el bien común a mediano y largo plazo. Si se podía ser cristianamente bueno, sin pagar nada a cambio, mejor que mejor, pero si no se podía, también (algo menos bueno). Odios y rencores personales tenía –creo– pocos. Era demasiado racional.

Indudablemente, como dijimos, que estaba informado de las violaciones a los derechos humanos, también de casi todos los robos a costa del fisco de los Chicago Boys, su núcleo, «Los Pirañas» (Vial, Larraín, Cruzat y Claro), sus adláteres y otros que se quedaron con grandes empresas fiscales a precio irrisorio, y así decenas, sino cientos, de otras personas más, como los que fundaron «universidades privadas». Debe haber sospechado de los latrocinios de la familia Pinochet. ¿Los conocía concretamente? No lo sé. Él no robó, pero su serpenteante, flexible y astuta moral iba sorteando ágilmente los espacios entre el pecado y el bien.

Mi experiencia personal

Dejaría de ser sincero y un buen memorialista si no contara otros capítulos de la vida de Jaime Guzmán que me tocó conocer y ver.

El primer encuentro de cierta importancia que tuve con él fue en 1966. Habíamos conversado algo en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica y como yo tenía un grupo de amigos, me dijo que le interesaba hablar con nosotros. Por esa época ya estaba echando las bases del gremialismo. Yo naturalmente le dije que sí y lo invité a mi casa.

En ese entonces, mi familia vivía en un lugar muy alejado para la época. En Isabel la Católica con Hernando de Magallanes. Era invierno y los días cortos. Como a las siete de la tarde tocaron el timbre: era Jaime Guzmán. Inmediatamente lo hice pasar. Estábamos viendo una película por televisión (en blanco y negro, pues mi papá nos había comprado un televisor para el Mundial de Fútbol de 1962): era *Salvatore Giuliano*, de Francesco Rosi, recuerdo, muy buena y le dijimos a Jaime que nos dejara terminar de verla, pues ya no quedaba mucho. Aceptó.

Cuando el programa concluyó, conversamos. Lo impresionante fue que partió confesándonos que era la primera vez que veía televisión. ¡Increíble! ¿O solo era una forma de cultivar su mito? ¿No había visto Guzmán los partidos del Mundial de Fútbol de 1962? A algunos posiblemente asistió en el estadio. ¿Pero y los que se jugaron fuera de Santiago, como el triunfo de Chile sobre la Unión Soviética en Arica? No me pronuncio.

En fin, me parece que no se convenció de que podríamos ser adherentes al gremialismo, pues nunca insistió. Un tiempo después comentó en un grupo en que yo estaba, lo mucho que se movía en su afán de constituir el

movimiento: «Si llegué casi hasta la cordillera…», dijo, mirándome con ironía.

Mi segundo encuentro importante con Jaime Guzmán se produjo después del golpe militar de 1973. Yo tenía todo el tiempo del mundo y decidí recibirme de abogado; me había demorado en dar el examen de grado, porque había entrado a estudiar historia en la misma Universidad Católica. Por lo tanto, él ya había sido nombrado profesor de derecho constitucional. Pude constatar entonces que él integraba la comisión para el examen. Estoy frito, me dije. Pues si había existido colaboración entre los gremialistas y mi tienda política de entonces, la Democracia Cristiana, contra el enemigo común, la Unidad Popular, ya a fines de 1973 se estaban sabiendo muchos de los horrores que ocurrían, después estos aumentaron y nuestra amistad con el gremialismo, ahora autoritario y pinochetista, se había acabado.

Pero ocurrió algo completamente distinto.

No estudié mucho (unos dos meses y medio) y desde luego pensé que mis posibilidades de aprobar eran pocas. No fue así, sin dar un examen muy bueno, aunque sí suficiente, Jaime Guzmán insistió en que me pusieran dos *coloradas* (un 6) que, en verdad, difícilmente merecía[69].

En esas condiciones creo que debería haber hecho el esfuerzo de ejercer como abogado al menos un tiempo. Pero ya estaba muy metido en la carrera de historia y me di perfecta cuenta de que las dos cosas eran incompatibles.

Además, estuve a pocos pasos del escenario del crimen de Jaime Guzmán. Yo estaba de director del Instituto de Historia de la Universidad Católica en el Campus Oriente. En la tarde, ya un poco cansado, salía al quiosco de la entrada a comprar *La Segunda*. Acababa de hacerlo cuando sentí una hilera de petardos. Como se celebraba la semana del novato, el 1 de abril de 1991, pensé que era eso. Pero cuando ya estaba en la oficina, llegaron a interrumpirme. «Han herido a Jaime Guzmán y quieren entrevistarlo», me dijeron las secretarias. Hacía poco que había sido la

primera guerra del Golfo Pérsico y entonces, aprovechando mi condición de historiador de las guerras contemporáneas, había sido comentarista diario en Mega, por más de un mes. Por lo que recibí una sentida carta de agradecimiento de parte de ese canal.

Pero la joven periodista de Megavisión Mónica Pérez, inteligente, pidió al instante hablar conmigo. Poco le pude decir, excepto que si Guzmán había recibido en su cuerpo la mitad de las balas que escuché, se le podía considerar muerto. Hay quienes dicen, algo que solo pudo venir del chofer, que Jaime Guzmán moribundo sacó un rosario. No sé.

A su madre, que se hallaba en un tour por Europa, la llamó Carlos Huneeus, entonces embajador de Chile en Alemania, pidiéndole que devolviera el llamado a la embajada, en cuanto le fuera posible. Se dice que la primera reacción de la señora Carmen fue decir: «¡Mataron a Jaime!», pero no tengo seguridad de eso. En todo caso, todo se arregló para que ella tomara el primer avión a Chile y estuviera en el entierro.

69 Bien lo recuerdo.

La leyenda

Guzmán tenía todo para convertirse en leyenda. Aristócrata, muy inteligente, ascético y carismático, casi genial en lo político. Su vida –quizá a pesar de él mismo– era extremadamente romántica. Mientras estuvo vivo fue un personaje excepcional, brillante y sobrio, irónico y dominante. Líder indiscutido de su generación entre la juventud *doré*, ampliamente admirado y casi venerado.

Y para la banda rival, los que abjuraban del régimen militar: la opinión sobre él creo que depende. Para la élite de izquierda era una persona de extrema derecha, no intelectual, pero astuta, sagaz y segura de sí misma, la que supo tocar las teclas de una juventud burguesa o alto burguesa que proporcionaría los cuadros técnicos de Pinochet.

Para los no intelectuales de centro y de izquierda, algunos lo consideraban un genio; otros un demonio. Muy pocos sabían su historia personal.

Para los sectores sociales bajos, si lo conocían, era uno más de los jerarcas del régimen para bien o para mal.

En todos estos grupos había sectores que lo odiaban y siguen odiándolo, y que corresponden a la izquierda chilena heredera de la de 1973 y a la Democracia Cristiana en menor medida.

¿Quién mató a Jaime Guzmán?

La versión oficial de la justicia chilena dice que fueron pistoleros (posiblemente solo uno) del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR). Pero hay otras versiones. Familiares de Guzmán me han dicho que está casi comprobado que su muerte se decidió en la derecha en el grupo de Álvaro Puga y sus contactos con Manuel Contreras que habían logrado infiltrarse

en el FMPR[70]. ¿Puede ser cierto esto? Todo puede ser cierto, y la forma de matar a Guzmán lleva el signo de Contreras. Pero no existe ninguna prueba. Se ha mencionado a otros grupos cercanos a la derecha pinochetista, pero nuevamente nos encontramos sin testimonios. Esto daría para otro libro.

70 Entrevista a Ignacio Santa Cruz.

Breve epílogo

La vida de Jaime Guzmán fue un drama, como suele ser la vida de todos los hombres. Actuó según lo que creía correcto, influido por razones conscientes de las cuales era plenamente responsable, e inconscientes, producto indirecto de su síndrome del padre ausente y quizá otros problemas psicológicos arrastrados desde la niñez, de los cuales no lo era. Puede haber tenido buenas intenciones. Pero las violaciones a los derechos humanos fueron muy reales y él las conocía. Aceptar que se llevaran a cabo colaborando con el culpable, para un católico como él, era pecado grave; sin embargo, ganó el afán de triunfo de su proyecto histórico para Chile.

Con esa carga se presentó ante el que creía su creador y juez. No tuvo oportunidad de confesión: cuando llegó al Hospital Militar ya estaba inconsciente. Aunque posiblemente había comulgado ese día en la mañana…

Agradecimientos

Quiero agradecer, además de las personas que aparecen citadas en las notas a pie de página, a Francesco Borghesi, a José Manuel Larraín, quienes me dieron útiles consejos que sin duda mejoraron el trabajo. También a Luz Laura Gatica Guzmán, quien me proporcionó algunas fuentes acerca de la familia Guzmán en Aconcagua.